

LA MUJER POR FUERZA

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO

TIRSO DE MOLINA.

REPRESENTOLA AVENDAÑO

ÍNDICE

<i>Jornada primera</i>	677
<i>Jornada segunda</i>	706
<i>Jornada tercera</i>	736

Hablan en ella las personas siguientes:

FINEA

FLORELA

EL CONDE

ALBERTO

UN CRIADO

EL REY

OTRO CRIADO

CLARÍN

FENISA

FABIO

RISELO

EL MARQUÉS LUDOVICO

LUSIDORO

JORNADA PRIMERA

Salen Finea, dama, y Fabio, su criado.

FABIO Mira que es poca prudencia.

FINEA ¡Qué poco sabes de amor!

FABIO Quien no hace resistencia,
para ofender su favor
parece que da licencia.

FINEA ¿Qué puedo yo resistir
a un amor desatinado?

FABIO ¿De un hombre que se ha de ir
tal pensamiento te ha dado?

FINEA Eso me obliga a morir.

Vino por embajador
del rey de Nápoles, Fabio,
el conde: ¡qué loco error!
Pero ¿quién ha sido sabio
en accidentes de amor?
Por gusto del rey de Hungría
le dio mi hermano su casa,
vi su talle y bizarría:
¡ay, del deseo que pasa
desdichas por celosía!
Que a darle necios trofeos
para tan locos empleos,
con ser tantas y tan llanas,
hallaba pocas ventanas
la prisa de los deseos.
Si el conde se levantaba
sin que me pudiese ver,

con atención le miraba:
esto, Fabio, es ser mujer;
la inclinación me forzaba.
Si con mi hermano comía,
sin que me viese le vía,
y de todas sus acciones
hallaba el alma razones
y engaños la fantasía.
De esta manera le amé.

FABIO ¿Qué nunca el conde te vio?

FINEA No, por más que lo intenté;
porque mi hermano temió
lo que guardándome fue.
Él procuraba esconder,
lo que me dio más lugar,
y al fin me vine a perder,
que mal se pueden guardar
los ojos de una mujer.
Mas ¿dónde hallaré razones
para pintar mi afición,
mi inquietud y mis pasiones?
Que en habiendo prevención
es todo amor invenciones.
Sueño y sustento perdí,
y al fin me determiné
a seguirle; y como en ti
mis esperanzas fundé,
cuenta de mi error te di.
Yo pienso mudar el traje,
sin que me obligue y reporte
la afrenta de mi linaje,
ver de Nápoles la corte,
y en ella servir de paje.
No repliques, cierra el labio,
si me vas a reprender,
porque en resistiendo, Fabio,
la furia de una mujer
dará en él mayor agravio.

Ellos salen, y él se parte.

Yo me voy, espera aquí.

FABIO ¿Y tengo de acompañarte?

FINEA Por eso, Fabio, te di
de mi atrevimiento parte.
Agradece el ir conmigo,
que desde que en mi cuidado
fuiste secreto testigo,
subiste desde criado
a la grandeza de amigo.

Vase.

FABIO ¡Qué notable pensamiento!

Pero seguiré su intento,
que si la desamparase
¿quién duda que se arrojase
a mayor atrevimiento?

Vase, y salen Alberto y el conde Federico y criados.

ALBERTO De no haberos servido estoy corrido;
que aunque el rey me fió vuestro regalo,
ni le he servido, ni le habéis tenido.

CONDE A su deseo vuestro amor igualo,
y del que en vuestra casa he recibido,
por tan esclavo vuestro me señalo
como veréis, mandándome en mi tierra,
pues hoy se trueca en blanda paz la guerra.
Hoy he sabido que tenéis hermana;
sólo el favor de verla me ha faltado,
que a haberla visto, fuera cosa llana
volver, Alberto, a Nápoles casado.

ALBERTO Finea ha dado en retirada y vana:
por esta causa no le habéis hablado;
y por lo que decís del casamiento
bésos las manos.

CONDE Digo lo que siento.

ALBERTO Gran honra para mí serviros fuera.
 CONDE Escribiré en llegando.
 ALBERTO El Cielo os guarde.
 CONDE Yo parto, como veis, a la ligera.
 ALBERTO Y es justo, conde, porque el rey no aguarde.
 Quiéroos acompañar.
 CONDE De esa manera
 volvereme con vos.
 ALBERTO Mirad que es tarde.
 CONDE No pasaréis de aquí.
 ALBERTO Serviros quiero.
 CONDE Alberto, adiós.

Vanse el conde y criados.

ALBERTO ¡Qué honrado caballero!
 CRIADO Toda tu casa deja aficionada
 y tus criados de presentes llenos.
 ALBERTO Así pagan los buenos la posada,
 con agradecimientos, por lo menos.
 CRIADO Mi señora estuviera bien casada
 con tal valor y términos tan buenos
 en Nápoles.
 ALBERTO No quise que la viese,
 que fuera obligación que la sirviese,
 que para dalle joyas competentes
 a su valor y al de Finea, mi hermana,
 se pudieran seguir inconvenientes;
 la nobleza sé yo napolitana.
 CRIADO Si él quisiera que fuédeses parientes,
 ¿qué mayor dicha?
 ALBERTO Si el paso allana,
 yo vendré en ello.
 CRIADO Escríbele.
 ALBERTO Si el conde
 me escribe, y a su intento corresponde
 (que si palabras son de cumplimiento,
 porque en mi casa al conde he regalado,

no es justo que le obligue a casamiento,
ni todo huésped a volver casado),
las cartas nos dirán su pensamiento;
tan noble soy como él.

CRIADO Ser tu cuñado
su noble honor y el amistad le obliga.

ALBERTO Si no ha de ser, no es justo que se diga.

Vase, y salen el conde y Clarín.

CLARÍN En lugar de lo que suele
entretener los caminos
reprehenderte quisiera,
generoso señor mío.
¿Tienes a Florela amor?
¿Sirves a Florela?

CONDE Sirvo,
y tengo amor a Florela.

CLARÍN ¿Pues no es cruel desatino
el decir a la partida,
sin haber de Alberto visto
la hermana, que te casaras
con ella?

CONDE Pues ¿qué hay perdido?

CLARÍN Si el otro te respondiera
tan necio y no tan amigo,
¿cómo volvieras?

CONDE Casado.

CLARÍN ¿Eso dices?

CONDE Eso he dicho.

CLARÍN ¿Búrlaste?

CONDE De ti me burlo,
que aquella palabra ha sido
sólo por honrar al huésped;
que aunque él es tan bien nacido
y debe de ser su hermana
un ángel, el excesivo
amor que a Florela tengo

no me hubiera permitido
casarme si el rey de Hungría
me diera su hija.

CLARÍN Es digno
su honor de tan grande amor;
que si sus méritos miro,
aunque sin pasión, apenas
tu amor se alcanza a sí mismo.
Decir puede un hombre a otro
a cuenta de los servicios
que han recibido en su casa:
«Señor, mi hacienda, mis hijos,
mis caballos, mis criados,
mis pájaros y mis libros
a vuestro servicio están;
siempre tengo de serviros».
Pero «yo me casaré,
y con mujer que no he visto»,
no lo ha dicho caballero,
caballero no lo ha dicho,
aunque fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino.

CONDE ¡Ay Florela! Si fue agravio
del amor que te he debido
y del que debo tenerte,
perdona mi desvarío.
Cumplimiento y necio fue;
pero por disculpa ha sido
el no haber visto a Finea;
no me des mayor castigo,
ni allá te rebele el alma
por deslealtad, por olvido,
obligar a un caballero
que con generoso indicio
de su valor me ha obligado.

CLARÍN Si tuviera aquel chillido
de las mujeres celosas,
te dijera: «Federico,

no más, acabose aquí.
—Señora. —No más conmigo.
—¡Oye por Dios! —¡No hay oír!
—¡Escucha! —¡Daré mil gritos!
Esto deseaba ver,
y haber visto, ya confirmo
tus traiciones. ¡Muerta soy:
desleal, traidor fingido!».
Y va el otro majadero
muy contento deste arbitrio
a sacar ropas y sayas,
y firma con un vestido
las paces que en brazos de otro
la de los celitos hizo
mientras duraba el enojo.

CONDE No riñas más.

CLARÍN No te riño;
mas por Dios que he de mirar
si el dueño deste cortijo
tiene hermana.

CONDE Gente viene.

CLARÍN ¡Gentil talle!

CONDE ¡Hermoso brío!

Sale Finea, de hombre muy galán, y Fabio.

FINEA Pregunta si vamos bien.

FABIO Ese es el conde.

FINEA Pues calla.

CLARÍN Sobre buena cara entalla
mejor la gala también.

FINEA Dios guarde a vueseñoría.

CONDE El mismo venga con vos.
¿De dónde bueno?

FINEA Los dos
somos, como veis, de Hungría.

CONDE ¿Dónde?

FINEA A Italia.

CONDE ¿A qué ciudad?

FINEA A Nápoles.

CONDE Della soy.

Venid conmigo, aunque voy
de prisa.

FINEA Vuestra amistad
y compañía me pone
codicia.

CONDE Y a mí la vuestra.

FINEA Luego en la vista se muestra
lo que el corazón dispone.

CONDE Soy el conde Federico.

FINEA Dadme, gran señor, los pies,
que mi calidad no es,
si la verdad os publico,
para igualar tal valor,
que soy un pobre escudero
con humos de caballero,
que gradúa el buen humor.
Hay cierta universidad
para los pobres discretos,
donde hace *quodlibetos*
la mediana calidad.
Aquí soy yo bachiller
y pretendiente de un don.

CONDE La nobleza y discreción
juntas se os echan de ver;
que pues vos con humildad,
donde no sois conocido,
os habéis disminuido,
¿qué más cierta calidad?
Unos hombres fanfarrones
que a dos leguas de sus casas
quieren asir de las asas
los más antiguos blasones,
son monos de la nobleza;
que con gestos y visajes
remedan altos linajes.

- FINEA Yo os he dicho mi bajeza.
- CONDE Esa, aunque vos encubráis
la nobleza que tenéis,
mal persuadilla podéis;
con el rostro la negáis.
- FINEA Con alguna a Italia vengo,
pero casos de fortuna
me llevan a ver si alguna
fuera de mi patria tengo.
Esto sabréis caminando,
pues tal espacio ha de haber.
- FABIO (Como yo sé que es mujer,
estoy de oírla temblando).
- CONDE Pésame que con disgusto
veáis a Italia.
- FINEA No será
sino con gusto, pues yo,
señor, de serviros gusto.
Y pues tengo de servir
de paje en Nápoles, quiero
servir tan gran caballero,
si me queréis admitir.
- CONDE Por cierto, que si pensáis
servir, ya determinado,
que habéis un hombre hallado
como vos lo imagináis.
Mi amparo, brazos y casa
tendréis desde hoy.
- FINEA Gran señor,
tanta merced y favor
del cortés límite pasa.
En estos brazos me olvido
de la patria; ya soy vuestro.
- CONDE Y vos veréis que me muestro
a ese amor agradecido.
¿El nombre?
- FINEA Celio es mi nombre.
- CONDE ¿Quién es el que va con vos?

FINEA Criado mío, y los dos
vuestros.

CONDE Pues vos, gentilhombre,
tendréis mi casa también.

FABIO Mil veces los pies te beso.

FINEA ¡Qué venturoso suceso!

CONDE ¿Clarín?

CLARÍN Señor.

CONDE Haz que den
lo necesario a los dos
y traigan las postas luego.

Vase el conde.

FINEA Que me deis, Clarín, os ruego,
los brazos.

CLARÍN Celio, por Dios,
que habéis tenido ventura:
pero vos la merecéis.

FINEA En mí un amigo tendréis.

CLARÍN El conde sólo procura
hacer bien a sus criados.

FINEA ¡Qué bien se le echa de ver!
¿Tiene en Nápoles mujer?

CLARÍN Tiene las de otros casados,
pero suya no la tiene,
aunque ha poco que quería
casarse el necio en Hungría;
que allá de su corte viene,
que el de Nápoles le dio
particular embajada,
y por pagar la posada
por lo menos intentó
casarse con cierta hermana
de la capacha que había
en casa.

FINEA ¿Viola algún día?

CLARÍN Jamás en puerta o ventana;

que el hermano era celoso,
y debió de conocer
el humor de la mujer
y el pensamiento brioso:
que el conde tiene buen talle,
y doncellas y secretos,
si no los guardan discretos,
presto salen a la calle.

FINEA En fin, ¿no es casado el conde?

CLARÍN No, pero quiérello ser
con una hermosa mujer
que le adora y corresponde.

FINEA ¿Dónde?

CLARÍN En Nápoles está.

FINEA ¿Cómo se llama?

CLARÍN Florela,
y es la flor de la canela.

FINEA (¡Muerta soy!).

CLARÍN Pienso que ya
seréis vos el alcahuete,
que sois muy acomodado;
que hasta ahora yo he llevado
el recado y el billete,
el vestido y la sangría.

FINEA (Sangrarme del alma puedo,
que a ella se fue de miedo
cuanta en los brazos tenía).

CLARÍN Ahora bien, vos tenéis dueño
enamorado y señor.

FINEA (La esperanza de mi amor,
Fabio, se convierte en sueño).

CLARÍN Venid, vereisle comer.

FABIO (¿Qué piensas hacer?).

FINEA (Morir:
¡Qué presto suele seguir
gran pesar a gran placer!
Más bien puede haber mudanza:
¡buen ánimo, corazón,

que de aquí a la posesión
tiene lugar la esperanza!).

Vanse, y salen Florela y Riselo, criados.

RISELO Lee la carta y verás
cuándo se parte, por ella.

FLORELA ¡Oh, qué mal sufre, Riselo,
grande amor, grandes ausencias!

RISELO Pues ¿qué culpa tiene el conde
si el rey le condena a ellas
con tan honrosa embajada?

FLORELA No le culpo, aunque pudiera,
pues se pudiera excusar,
que es de lo que tengo queja;
culpado le ha mi fortuna.

RISELO Está segura que venga
muy presto, que así lo dijo.
¿Qué dudas? Rompe la nema,
pregúntaselo a la carta,
que ella te dará respuesta
como oráculo de amor.

FLORELA Dilato, Riselo, el verla,
por entretener las dudas,
por engañar las sospechas.
¿Entró muy lucido el conde
en la Corte?

RISELO Cuando fuera
el mismo rey, no sé yo
si fuera con más grandeza.
Salieron de la ciudad
hasta la famosa puerta
todos los grandes señores,
toda la ilustre nobleza.
Las galas fueron notables,
pero juntas todas ellas
no igualaron la del conde
sobre tanta gentileza.

FLORELA ¿Qué color?

RISELO Azul celeste;

bordadas de oro y de perlas
cifras de tu nombre, y flores
que decía: *Fe y Florela*.
Era el caballo español,
que la gualdrapa de tela
quería arrojar de sí
para mostrar que lo era.
Parecía al son del oro,
como iba tocando en ella,
instrumento a cuyo son
iba estampando la arena.
Llegó a palacio, y el rey
salió a la sala primera
a recibirle, y los dos
hablaron más de hora y media.
Lo que tratan se murmura
que es casar Lisarda bella
con el príncipe de Hungría,
pacificando las guerras.
Abre la carta, por Dios.

FLORELA Vengareme de su ausencia,
Riselo, en no abrir la carta,
aunque ella de mí se venga. [*Lee*].
«Lleno de pena te escribo,
pero entre esta misma pena
halla gloria la memoria
de hablar contigo por ella.
No sé cómo exagerar
lo que siento, porque sientas
a lo que obligan temores
y a lo que sospechas llegan.
Celos que allá no sabía,
aquí, mi bien, me atormentan,
que los sustituye amor
a falta de la presencia.
Perdona este injusto agravio

y ten por seguras nuevas,
 que tengo para partirme
 mil almas y una licencia.
 Presto te veré (mal dije),
 ¡porque, por presto que sea,
 será tarde para amor,
 que me enloquece tu ausencia».

RISELO ¿Merezco albricias?

FLORELA Mereces
 los brazos y esta cadena.

RISELO Yo te aseguro que el conde
 llegue más presto que piensas.

FLORELA Bien dices, porque el temor
 amando, piensa que llegan
 todas las cosas muy tarde;
 ¡con tal ansia las desea!
 ¡Ay Federico!, si quieres
 dar vida a un alma tan muerta,
 haz mis deseos jornadas,
 serán instantes las leguas.

*Vase, y salen el rey de Nápoles, de barba; el marqués Ludovico y
 acompañamiento.*

REY Tendrá de esta manera
 quietud el reino y los confines paces.

MARQUÉS Como de ti se espera,
 cuanto crédito tienes, satisfaces.

REY En lo que escribe el conde
 se ve que el rey con gusto corresponde.

MARQUÉS Federico es discreto,
 sabrá muy bien lo que ha de hacer en todo.

REY Él lleva de secreto
 de lo que importa, Ludovico, el modo
 en este casamiento.

MARQUÉS Digno ha sido de ti su pensamiento.

REY En tanto que sin guerra,
 sin sangre de vasallos que consume

la más florida tierra,
la paz que se pretende, se presume
aciertan más los reyes
y viven en quietud las santas leyes.
Razón de conservarse
con guerra un reino, nunca fue admitida
de quién debe obligarse
más a la religión, puesto que olvida
la paz, marqués, en parte,
a los vasallos el valor de Marte.
Fuera del rey, no es justo
tener tal vez ejército que obliga
al que os diera disgusto,
que depuestas las armas no prosiga
en declarar su intento.

MARQUÉS El conde viene.

REY Y viene al pensamiento.

Salen el conde Federico, Finea y criados.

CONDE Vuestra alteza me dé los pies.

REY Ya, conde,

los brazos, que tenéis tan merecidos,
os da mi amor, que al vuestro corresponde.

CONDE Mis servicios, de ti favorecidos,
tendrán de hoy más valor, tendrán ventura,
pues siempre fue el mayor ser admitidos.
Ya te escribí, que el húngaro procura
satisfacerte si hay algún agravio,
de que ya lo tratado te asegura.
En todo se mostró príncipe sabio;
honró mi entrada su real persona,
sus dos sobrinos, y su hermano Octavio,
el digno sucesor de su corona,
y que ha de ser esposo de Lisarda,
agradecido tu elección abona.
Él tiene la persona más gallarda
que vi en mi vida y de quien toda Hungría

la ejecución de su esperanza aguarda.
Salió bizarro cuando el sol salía
una mañana en un caballo airoso
que a hacerle mal dijeron que venía;
mas él lo hizo tan bien, que fue forzoso
mudar este lenguaje en quien miraba
brío tan alentado y animoso.
Allí tan diestramente le llamaba,
que al concertado son de la baqueta
el caballo parece que danzaba
como si fuera oyendo la trompeta.
Intentaba quitarse las espumas
de la boca, fogosa e inquieta,
mas porque desto lo demás presumas,
cuando al curso le puso las espuelas,
volando entrambos parecieron plumas.
No suele por el mar con blancas velas
y remos la galera presurosa,
con banderolas de diversas telas,
herir las blancas olas más airosa,
ni del arco veloz partir la flecha,
pues aún era la vista perezosa.
A este príncipe puedes sin sospecha
dar, señor, a la infanta, mi señora,
que ya queda la paz firmada y hecha,
y este es el pliego que responde ahora.

REY Los brazos os vuelvo a dar,
y el premio os daré tan presto
como veréis.

CONDE Yo he dispuesto
tu deseo hasta llegar
al fin de tu pretensión,
y este es el premio que quiero,
porque de servir no espero
más seguro galardón.
¡Dichoso quien ha servido
rey a quien puede decir

que es acertarle a servir
premio de haberle servido!
REY Ahora bien: voy a leer
las cartas.

Vase el rey.

MARQUÉS Ya os puedo dar
el parabién del lugar
que presto habéis de tener.
CONDE Lo que al rey le respondí,
respondo a vuestra amistad.
MARQUÉS Yo os amo con la lealtad
que debo y me debo a mí.

Vase el marqués.

CLARÍN Lo más tienes hecho ya.
CONDE Antes, Clarín, lo que es menos;
menos libre el alma está,
que en los negocios ajenos.
Digo ajenos que no son
los que tanta fuerza tienen,
si bien a ser propios vienen
por tan justa obligación.
No quise ver a Florela
primero que al rey, y así
con la obligación cumplí;
ahora, Clarín, verela
con espacio, que después
de ausencia, será razón.
CLARÍN Hoy, señor, tu pretensión
alas te puso en los pies.
Gran merced del rey te espera,
y fuera de parecer
que hasta tenerla, y saber
que no sea tal que prefiera

lo que Florela merece,
no trataras de casarte.

CONDE A no poder disculparte
que mi afición te enloquece,
vive Dios, necio, que hiciera
un disparate contigo.
¿Eso dices?

CLARÍN Esto digo.

CONDE Pues aunque el rey me prefiera
a sí mismo, ¿puedo yo
igualar a un ángel?

CLARÍN Mira
tu calidad.

CONDE Es mentira
cuanta mi sangre me dio
comparada a su belleza;
mas cuando su gran valor
considere sin amor,
no la iguala a su nobleza.
Vive Dios, si del romano
imperio el cetro tuviera,
o como el sol en su esfera,
fuera señor soberano
de la tierra y de la mar,
que me pusiera a sus pies
aun pensando que después
no la pudiera igualar.
Celio, ¿cómo callas tanto?

FINEA Señor, como yo no entiendo
qué tratas, estoy oyendo
y callando.

CONDE No me espanto,
que yo sé, que si supieras
qué prenda adoro...

FINEA (¡Ay de mí!).

CONDE ... por lo que ya he visto en ti
que otro consejo me dieras.
¡Ay Celio! Quiero a una dama

que, por verte tan discreto,
te la he de mostrar a efeto
de que culpes quien disfama
un ángel de tal valor,
con pensar que yo la igualo
cuando a su sol me regalo
deshecho a su tierno amor.
Este es un necio que debo
sufrir porque me ha criado:
tú has de ser de mi cuidado,
desde hoy secretario nuevo;
tú, de todo el pensamiento
sin encubrir parte alguna,
el dueño, y de mi fortuna
dichosa, próspero viento.
Contigo quiero tratar
los favores, los deseos,
porque veas tú qué empleos
tan venturosos de amar.
Bien haya quien con discretos
trata sus bienes o males,
porque, en fin, de causas tales
resultan tales efetos.
Cuando veo un entendido
tratar con un necio, y ser
su amigo, vengo a tener
aquél por hombre perdido;
porque, o diciendo el secreto,
o aconsejándole mal,
ha de ser de causa tal,
si es necio, necio el efeto.
El rey cuando tiene al lado
el sabio, ¡cuán bien acierta!,
que a quien el reloj concierta,
se debe andar concertado.
El sabio gobernador
con prudentes consejeros
afila bien los aceros

y puede cortar mejor.
 No hay sabio al lado del necio;
 un loco hace muchos locos;
 siempre los sabios sois pocos,
 por sabio, Celio, te precio,
 que cuanto en este camino
 contigo he tratado, fue
 satisfacción en que hallé
 tu entendimiento divino;
 y así, aunque paje, he gustado
 que me sirvas con espada,
 que está más acreditada
 honra que la trae al lado.
 Que aunque es verdad que la pluma
 es en lo que has de servir
 no la embota el escribir,
 y más cuando yo presuma
 de general de una empresa,
 aunque cese la de Hungría.
 Mas porque de amor la mía
 ya sobre tus hombros pesa,
 ven con este necio a ver
 a Florela, y tú dirás
 que no hay en Nápoles más,
 si Dios no lo vuelve a hacer.

Vase.

CLARÍN ¿Qué te dice este Calixto
 de la hermosa Melibea?
 FINEA Que es hombre y que la desea. [*Aparte*].
 (¿Qué aguardo con lo que he visto?
 ¿Por qué no me vuelvo? ¡Ay cielos!
 Pues no puedo conseguir
 lo que intento, y es morir
 muy bajo, morir de celos.
 Y no ha sido atrevimiento
 que aqueste nombre le dé,

que morir de celos fue
bajeza del pensamiento.
Pero ¿por qué celos llamo
lo que no lo pudo ser?
Este quiere una mujer
sin saber que yo le amo
ni tenerme obligación;
¿qué agravio ni celos puedo
tener ni pedir al miedo
de mi justa perdición?
Loca fui, loca he venido
de mi tierra tras un hombre
que apenas sabe mi nombre:
¿mi nombre? Ni aun si he nacido.
¿Hay desdicha, hay necedad,
si es la necedad desdicha
como la que tengo dicha?).

CLARÍN Ya tu nueva voluntad
estará haciendo quimeras
de la que te muestra el conde;
no me espanto, que responde,
Celio, a la merced que esperas.
Bien entras en el servir
con achaques de mediar,
que esto de solicitar
gran premio suele adquirir.
Criado de señor mozo,
que no es oficial del gusto,
muerto de hambre y disgusto
dale sepulcro en un pozo
destos en que guardan nieve
con esta letra baldía:
«Aquí murió quien vivía
de sólo hacer lo que debe».
No sé qué es que no lo entiendo
este deleite de amor,
que en pensar otro mayor
a Naturaleza ofendo.

El que tiene más vasallos,
más riquezas, más oficios,
más soberbios edificios,
más enjaezados caballos,
no tiene justo contento
mientras no ha comunicado
con una hermosura al lado
su intrínseco pensamiento.
¡Oh fuerte imaginación!
¡Oh loco deleite humano!

FINEA Yo, Clarín, pienso que en vano
tus celos del conde son.
Soy hombre de bien, soy noble,
no sirvo por interes,
aunque de opinión estés
que la privanza me doble.
Contradices al amor
de tu señor, no eres cuerdo,
aunque las sospechas pierdo
que tuve de tu valor.
Criado que contradice
al dueño, no ha de medrar;
que consiste en aprobar
lo bueno o malo que dice,
cuanto más en lo que hace.
¿Esta dama es bella?

CLARÍN Sí.

FINEA ¿Es noble?

CLARÍN Como él.

FLORELA Pues di,
¿si es noble y le satisface,
en qué yerra?

CLARÍN En no saber
adónde el rey le pondrá,
que quizá le igualará
con su sangre y su poder.

FINEA Necio estás, que ya los reyes
no emparientan con vasallos:

obedecellos y amallos
son del servicio las leyes.
Tratemos de nuestras cosas:
yo estoy en Nápoles ya;
¿no me entiendes?

CLARÍN Claro está.

Dos muchachas tengo hermosas:
a la una quiero bien;
tengo temor a tu brío.

FINEA ¿Qué temes?

CLARÍN Un desvarío.

FINEA ¿Celitos?

CLARÍN Celio, también;
que a las veces lleva el hombre...

FINEA No digas más.

CLARÍN Con cuidado
muchas veces te he mirado.

FINEA Y en fin, ¿qué soy?

CLARÍN Gentilhombre.

Y esta pícara que adoro
es una veleta al aire,
que en mirando tu donaire
me ha de perder el decoro.

FINEA Esa es pura necedad,
que donde hay amor con trato
no es posible que sea ingrato
a la primer voluntad.

CLARÍN No conoces las mujeres,
porque aún tu barba procura
ser de la primer tonsura;
y en lo del trato no esperes,
que por lo mismo desea
una mujer novedad.
Yo fío de tu amistad
que, como me dices, sea.
Ven y verás dos infames
que pueden prestar contento
al diablo.

- FINEA ¡Qué atrevimiento!
No quiero que así las llames.
- CLARÍN ¿Pues qué quieres que te diga?
¿Que son reinas?
- FINEA Que honres quiero
las mujeres.
- CLARÍN Presto espero
que tu opinión contradiga
su bellaca condición.
- FINEA El gusto no es calidad
ni puede en la voluntad
haber honra ni elección.
¿No has visto un príncipe amar,
tal vez, a una vil mujer?
- CLARÍN La calidad del placer
es sólo saberle dar.
- FINEA Dices soberanamente,
y te lo quiero abonar.
Cuando ves un rey cenar
entre una escuadra de gente,
y le sabe bien, Clarín,
una perdiz, un capón,
un torrezno de un jamón,
nunca al principio ni al fin
pregunta dónde nació,
come lo que bien le sabe.
Y así amor en nombre grave
se mira si sabe o no:
si sabe, no hay que saber
si es bajo su nacimiento,
porque nunca del contento
información se ha de hacer.
- CLARÍN Por Dios, que debes de ser
diablo.
- FINEA (¡Ay de mí, que he venido
a amar a un hombre perdido
de amores de otra mujer!).

Vanse, y salen Florela y el conde.

FLORELA Voime templando, que quiero
que el contento no me mate.

CONDE No presumo que lo es
placer que puede templarse.

FLORELA Quiero decir que le doy
al alma, no en todo, en parte,
que si todo se le diera
pudiera el gusto anegarme.
Los brazos os vuelvo a dar.

CONDE Bien merezco que me abracen
brazos que me cuestan vidas.

FINEA Bien es que abiertos los hallen
galanes, después de ausencia,
porque sólo los galanes
los pudieran merecer.

CONDE Bien hayan desdichas tales
que hacen a un hombre dichoso.

FLORELA Temo de vos informarme
en materia de memoria.

CONDE Excusa tenéis bastante
si os gobernáis por la vuestra.

FLORELA Yo no he podido olvidarme.

CONDE Juzgad lo mismo de mí;
que os prometo que las tardes,
imaginando las noches,
bastaban para matarme;
pues ¿qué os diré de los días?

FLORELA Mejor pudieran pasarse
entre las húngaras damas,
que vuestra persona y talle
y esto del embajador
obligaba a muchos lances.
¿Con quién tuvisteis lugar?
¿Qué os dijeron? No se calle
ninguna cosa conmigo.

CONDE Hoy quieres desesperarme;

esto sí que fue querer
templarme al gusto.

FLORELA Dejadme

pensar en que tuve celos.

CONDE Tuvisteis celos de balde,
que yo no sabía la lengua,
y en llegando dama a hablarme,
ella se entendía a sí
en el húngaro lenguaje,
y yo, ni a ella ni a mí,
respondiendo disparates.

FLORELA ¿Dieron os algún favor?

Por vida mía, mostradme
banda, flor, papel o cinta;
que aunque en palacio excusase
la novedad, estas cosas,
no pudieron excusarse
en casa de vuestro huésped.

CONDE Florela, un rayo me abraze
si vi la hermana de Alberto.
Y aquí llegan mis dos pajes,
de quien podréis informaros.

Salen Clarín y Finea.

FLORELA Clarín no ha de declararse:
ya conozco yo su humor.

CONDE Tú, Celio, pasa adelante;
dile a la hermosa Florela,
que aún no quiere asegurarse,
si vi la hermana del huésped
(aunque dicen que era un ángel),
donde posé aquellos días.

FINEA Si puede crédito darse
a un hombre de bien, que sirve,
yo os juro que en una cárcel
tuvo Alberto a su Finea.

Perdonadme que le llame
su nombre en presencia vuestra.

FLORELA ¡Buen paje!

CONDE Viniendo a Nápoles,
le recibí en el camino.

FLORELA ¿Y de este puedo informarme?

FINEA Bien podéis, señora mía,
que allá vi al conde.

FLORELA Tú traes
contigo la información.

FINEA No es justo que así me trates:
¿tengo cara de mentir?

FLORELA Tienes a lo menos talle
de solicitar placeres
al conde.

FINEA ¡Desdicha grande!
Según eso, bien me puedo
despedir.

CONDE Presumo que antes
te quieren hacer mercedes.

CLARÍN Mi señora, no te espantes;
que si es mala condición
no querer asegurarse
no será amor, que son celos.
El conde fue a cosas graves,
no, como presumes tú,
a tratar de enamorarse.
Connmigo, que le asistí,
habló siempre en adorarte
y en solo sentir tu ausencia.

FLORELA ¡Qué testigos!

CONDE ¿No? Pues basten
juramentos.

FLORELA ¿Cuáles?

CONDE Oye:
¡plega al Cielo que me falten
tus ojos, si te ofendí!

ni en palacio ni otra parte
vi mujer que...

FLORELA No lo digas.

¡Qué juramento notable!
¿Mis ojos juras?

CONDE Pues, Celio,
tú, que sus cielos miraste,
ahora di si perdellos
es juramento bastante.

FINEA Mirarlos de espacio quiero.

FLORELA ¿Los ojos quieres mirarme?

FINEA Quiero saber su valor,
porque el conde no se engañe.
¡Jesús! ¡Es gran juramento!
Son dos cielos, que por darles
este nombre, tienen almas
con sol que en sus niñas arde.
Creed al conde, señora.

FLORELA Ya quiere en el mar bañarse
el del cielo, y del jardín
llaman los claros cristales
a gozar de su armonía.
Venid, conde, porque trace
con vos lo que ayer me dijo
hablándome en vos mi padre.

CONDE Si es nuestro casamiento,
no haya causa que dilate.
Volveos a casa vosotros.

Vanse Florela y el conde.

FINEA (Y yo volveré a matarme).

CLARÍN Ven, Celio, a ver nuestras daifas;
no nos ocupen galanes
la puerta.

FINEA ¿Es gente de muchos?

CLARÍN Diez o doce personajes:
dellos dan y dellos no.

FINEA (Pensamientos me combaten
que me han de quitar la vida).
¿Ella es gente de donaire?

CLARÍN Tú lo verás.

FINEA Pues no temas,
aunque el mismo turco baje;
que con la que traigo al lado
seré...

CLARÍN ¿Quién?

FINEA Roldán de pajes.

JORNADA SEGUNDA

Salen el rey de Nápoles y el marqués Ludovico.

REY No he tenido en mi vida mayor pena.

MARQUÉS Parece cosa, gran señor, indigna
de Federico, y de su nombre ajena.

REY ¿Amor a quién no engaña y desatina?
Viene esta carta de razones llena,
que la menor a su castigo inclina.

MARQUÉS Llama al conde, veamos qué responde.

REY Llamad al conde luego.

CRIADO Aquí está el conde.

Sale el conde.

CONDE ¿Qué manda vuestra alteza?

REY No quisiera
pensar de ti tan grande alevosía,
así esta carta y la razón me altera
con que de ti se queja el rey de Hungría.
Por estotra verás qué fin espera
una traición, que el agraviado envía
su sentimiento en ella de tal suerte
que con la infamia te condena a muerte.
No te digo lo que es, pues ya me entiendes,
y has de leer las cartas a mis ojos.

CONDE ¿Es este el premio con que honrar pretendes
mis servicios después de mil enojos?

REY Pues di: si embajador a un rey ofendes
y traes desta hazaña, por despojos,

a la hermana del huésped que te ha dado,
¿mereces ser premiado o castigado?

CONDE ¿Qué hermana, ni qué huésped? Vuestra alteza
pienso que no conoce a Federico,
pues Nápoles bien sabe mi nobleza
y el divino valor del conde Enrico.

REY Lee las cartas, que mayor baja
no se cuenta de Paris. [*Toma las cartas el conde*].

CONDE Yo suplico
a vuestra alteza que sin dos oídos
no juzgue.

REY Ya los tengo prevenidos.

CONDE [*Lee el conde la carta*]. «Al conde Federico, que
con particular embajada, me envió vuestra alteza,
apostotó, por mi orden, Alberto, mi gentilhombre
de cámara, cuyos regalos pagó con llevale, a la
partida a Finea, su hermana. Vuestra alteza vea qué
medio puede tener tanta ingratitud y bajo término,
que el más breve será casarlos, porque Alberto no
tome la debida satisfacción de su infamia a costa de
su vida».

REY ¿Ríeste de la carta?

CONDE ¿Cómo puedo
dejarme de reír?

REY ¿No te ha turbado
esta maldad?

CONDE Cuando seguro quedo,
no me turba, señor, el ser culpado.

REY Pues tú respondes ya perdido el miedo,
debe de ser en fe de estar casado.
Si estás casado, no te turbes, conde;
escribe a tu cuñado, al rey responde.

CONDE Esa seguridad no es la que tengo,
que nace, gran señor, de mi inocencia.
De Hungría solo con mi gente vengo;
la desnuda verdad no quiere ciencia.
Nace, señor, la risa que prevengo
de la seguridad de mi inocencia:

que un ánimo inocente muestra en risa
que lo secreto a lo exterior avisa.
Por el rey en la casa de ese Alberto
estuve con mi gente aposentado:
si vi a su hermana, todo el centro abierto
me deje entre sus llamas sepultado.
Si alguno con quien tuvo igual concierto,
luego que me partí se la ha robado,
no es justo que de mí, que soy tan noble,
presuma el rey, ni Alberto, un trato doble.
Yo regalé, señor, a sus criados
de joyas y presentes, y sabiendo
de su hermana el valor, con mil honrados
ofrecimientos le obligué partiendo.
Ni la vi, ni la oí, ni mis cuidados
fueron más que servirte, disponiendo
tus cosas con recato y con prudencia.

MARQUÉS Por Dios, que persuade su inocencia;
y que debe de ser que algún amante
que tendría Finea, en la partida
de Federico halló lugar bastante,
la casa, en tanto huésped divertida.

REY No puede ser que cosa semejante
hiciese un hombre noble.

MARQUÉS Es conocida
maldad del mismo que robó a Finea.

REY Querrá que su defensa el conde sea.

CONDE Señor, aquí me quede la cabeza
cuando se me probare que yo he sido
infame autor de tan cruel bajeza.

REY Estoy de tu inocencia persuadido.

CONDE Más honra mis servicios vuestra alteza
con esa confianza. Sus pies pido;
dame mil veces estos pies.

REY Escribe,
que quien nunca ofendió, seguro vive.

Vase el rey.

CONDE ¿Qué os parece marqués?

MARQUÉS Que escribáis luego,
respondiendo a esa carta.

CONDE No he querido
leerla, por no ver que un hombre ciego
se descomponía airado y atrevido.

MARQUÉS ¿Qué importa un desatino? Abrilda os ruego;
que no será tan necio, aunque ofendido.

CONDE Por vos la leo, aunque temiendo el daño
que puede resultarme de este engaño.
[Lee el conde la carta].

«En mi casa os aposenté, en mi voluntad os tuve; la
confianza de vuestro nombre me engañó, pues a mi
casa habéis sido traidor, a mi voluntad ingrato y a mi
confianza tan desleal como os lo dirá presto mi
agravio, pues cuanto tardo en llegar tendréis de vida».
¿No os dije yo que, en fin, ofendido,
era fuerza escribirme descompuesto?

MARQUÉS Si está engañado, corta ofensa ha sido;
que aunque libre, tomó término honesto.
Que luego despachéis un hombre os pido,
que por escrito satisfaga desto
a un noble caballero.

CONDE Si él lo piensa,
disculpo las palabras por la ausencia.

Vanse, y salen Florela y Finea.

FLORELA Que está muy enamorado
el conde lo da a entender.

FINEA ¿Y quién puede merecer
mejor que tú su cuidado?

FLORELA Ya vas, Celio, conformando
las palabras con el nombre.

FINEA Pues a fe que no soy hombre
para andar solicitando;
y si el nombre de alcahuete
(aunque ya la cortesía,

si ya no fuese ironía,
otro nombre le promete),
pues como al que es bachiller
le llamamos licenciado;
moreno al negro, y honrado
al que no lo quiere ser,
al alcahuete se llama
tercero: desde este día
dejaré mercadería
que tanto al *tercero* infama;
no quiero servir al conde.

FLORELA ¿Por qué, si te quiere bien?

FINEA No porque el nombre me den
que al oficio corresponde,
mas porque después que estoy
en Nápoles he tenido
una desdicha.

FLORELA ¿Qué ha sido?

FINEA No sé más de que lo soy.

FLORELA ¿Tú puedes ser desdichado
siendo criado leal?

FINEA ¿Parécete poco mal
estar...?

FLORELA ¿Cómo?

FINEA Enamorado.

FLORELA ¡Oh, qué donaire!

FINEA No fue
este donaire tan aire
que no me cueste el donaire
la vida.

FLORELA ¿Quién es?

FINEA No sé.

FLORELA Por la mía que lo digas.

FINEA Si me guardas el secreto...

FLORELA De guardártelo prometo.

FINEA Mira que a mucho te obligas;
que es una dama del conde.

FLORELA ¿Pues el conde tiene dama

fuera de mí? ¿El conde infama
su lealtad? Habla, responde:
¿quién es aquesta mujer?

FINEA Una mujer enojada,
que de verla tan airada
no le acierto a responder.

FLORELA ¿Soy yo?

FINEA ¿Pues ya no sabías
que tu hermosura y valor,
pueden abrasar de amor,
Florela, las piedras frías?
Dirás que es atrevimiento;
claro está, mas pues me voy,
y sin decirte quién soy,
no es tan loco pensamiento.
Quita la imaginación
de lo que piensas de mí,
que cuando yo me atreví
no fue sin mucha ocasión;
ni creas que es deslealtad
querer lo que quiere el conde,
pues mi ausencia te responde
que antes le trato lealtad.
Si yo me voy por ser fiel,
¿en qué me puede culpar?
No fue en mi mano mirar,
seralo apartarme de él.

FLORELA ¿Cómo había de enojarme,
Celio? He querido reírme,
porque puedo persuadirme
que ha sido posible amarme.
No es milagro, y en tu edad,
que yo te parezca bien:
melindres son para quien
nunca tuvo voluntad.
Si tú, Celio, porfiaras
en cosa tan desigual,
que me pareciera mal,

es sin duda, y me enojaras.
Mas quien quiere y no porfía,
dice su amor y no enfada,
yo no sé que ofenda en nada,
mientras no tiene osadía.
Celio, a ninguna mujer
le pesó de ser querida,
como no fuese ofendida
más que en callar y querer.
Quiere tú, no me lo digas,
que tampoco lo diré
al conde; pero con fe
de que a ser mudo te obligas.
No viendo corresponder
es fuerza que has de olvidar,
que amor no puede durar
sin ayudarlo a querer.

FINEA ¿Quieres tú que yo te diga
quién soy yo, y disculparás
mi amor?

FLORELA Quiero.

FINEA Hoy sabrás
lo que a quererte me obliga;
que mejor que el conde soy.

FLORELA ¿Mejor?

FINEA Escucha.

FLORELA No mientas.

FINEA Jura el secreto, si intentas
saberlo.

FLORELA A fe de quien soy.

FINEA Si juras el ser mujer,
fue juramento discreto;
que de no guardar secreto
juró naciendo su ser.
Mas si juras a quien eres
yo me doy por confiado.

FLORELA Mucho, Celio, has afrentado
el valor de las mujeres.

FINEA Hijo soy, Florela hermosa,
del rey de Aragón, Fernando;
mira tú si puedo yo
tener pensamientos altos.
Mucho dije, yo lo he dicho,
y esto en fe de que has jurado,
y también de que me voy,
si al conde piensas contarlo;
aunque no se lo dirás,
que no has llegado a los brazos,
que es adonde los secretos
no tienen reparo humano.
Yo en aquesta confianza
te he dicho lo que he callado
al conde, y aun a mí mismo
si a solas conmigo hablo.
Dirás: «Pues hombre, si fuiste
quien dices, ¿cómo has llegado
a servir desta manera?»
Esto te dijera Fabio,
el criado que me sirve:
que es el marqués don Fernando
de Cabrera y de Aragón,
que hasta el nombre se ha mudado;
porque yo, que aquí soy Celio,
don Alfonso allá me llamo.
Oye la historia y sabrás
por dónde me atrevo a tanto.
El rey quiso cierta dama,
quien por sucesos varios
no fue, Florela, marido.
Nací yo de estos engaños;
casose el rey, y me dio
en breve tiempo un hermano
entendido y gentilhomme,
que lo era el padre de entrambos.
No nos criábamos juntos,
que aún no estaba declarado

mi nombre, por el temor
de los celos, siempre largos,
porque lo que fue una vez
amor por dicha obligado,
piensan las propias mujeres
que ha de durar dos mil años.
Enviudó el rey, y con esto
me trajeron a palacio
de una aldea en que vivía
con un retirado hidalgo.
Cobrome el príncipe amor,
y de la sangre ayudado,
ya de algunas gracias mías,
puesto que soy desgraciado,
en los ojos de la Corte
hallé gusto, y ya inventando
galas y fiestas que fueron
ocasión de tantos daños,
puse los ojos, ¡ay Dios!,
en una dama, que estando
en un jardín cierto día
se dejó tocar las manos.
Hizo el príncipe lo mismo,
veis aquí todo trocado:
amor en odio, que luego
nos dividimos entrambos.
Tenía yo, aunque era menos,
Florela, aquellos privados
que no llegaron a ser
de la llave de mi hermano.
Estos, ya por sus consejos,
ya por sus lisonjas, dando
principio a nuestra discordia
todo cuanto ves causaron.
Pero la firme señora,
que le envidaba de falso
al príncipe, y me quería,
dispuso de suerte el caso

que, en ausencia de su padre,
entré una noche en su cuarto...
¡Nunca entrara! Al fin, Florela,
entré atrevido y gallardo.
Pasáronse algunos meses;
el huésped de estos cuidados,
descubriendo su secreto,
con irnos la vida a entrambos,
mueren los que no han salido
a la luz por ver sus rayos,
que no saben que acá fuera
está la muerte esperando.
Como llegó la ocasión
del mal encubierto parto,
asistí a verla en secreto,
y el niño infeliz tomando
en la capa mal envuelto,
con ella entre algunos paños,
salí donde pensé yo
que asistían mis criados.
Llegó el príncipe a saber
quién era, y yo porfiando
a no querer descubrirme,
dos o tres me acuchillaron.
¡Caso extraño! Que otros riñen
dando rodela al contrario,
y yo para defenderme
daba todo el pecho a tantos.
Quiso Dios que no le hirieron
ni a mí; pero no es milagro,
que mal pudieran herirme
con un ángel en los brazos.
El príncipe lo quedó
y Aragón alborotado,
de suerte que en una aldea
de las faldas de Moncayo
dejo al niño, y por la posta
en toda Francia no paro.

Corro a Flandes, llego a Hungría
a la sazón, que, llegando
el conde con la embajada,
pude aficionarme tanto,
que así, por más ocultarme,
como por verme obligado
de su amor y inclinación,
en el camino le aguardo.
Diome oficio de mi edad;
que esto no lo tuve a agravio.
Fiome aqueste secreto,
que la vida me ha costado,
que viendo tu rostro he visto
de lo que amaba reparo,
olvidando cuanto quise
hasta romper su retrato.
No sé cómo me atreví
a decirte suspirando
lo que no pensé, Florela.
Ya lo dije y ya me parto,
que el decirlo fue partirme;
mas juramento te hago
a la cruz de aquesta espada
como aragonés honrado
y a la que traigo encubierta
de nuestro español Santiago,
que si me guardas secreto
y me veo en el estado
que pienso, y el conde falta
a vuestro concierto y trato,
de casarme y de enviar
por ti al marqués don Bernardo
desde Aragón, porque estoy
por tu belleza expirando.
Ten lástima de mi muerte,
pues que me han muerto tus manos,
que en tenerla de mi vida
no haces al conde agravio.

Hace que se va.

FLORELA Tente, tente.

FINEA ¿Qué me quieres?

Sale el conde.

FLORELA Entra el conde, no lo digo.

CONDE (¡Que pierda un hombre un amigo
por enredos de mujeres,
o por su propia afición
su desdicha le disculpe;
pero que a un hombre le culpe
la ajena imaginación,
es la mayor novedad
que se ha visto ni se ha oído).
¿Florella?

FLORELA Seas bien venido.

¿Qué hay de nuevo en la ciudad?

CONDE Cartas, señora, de Hungría.

FLORELA Contrarias deben de ser,
pues te veo suspender,
y más en presencia mía.

CONDE Si son cartas contra mí,
¿no me ha de causar pesar?

FLORELA ¿Contra tí?

CONDE ¿Puedes pensar
tal cosa?

FLORELA ¿Qué?

CONDE Escucha.

FLORELA Di.

CONDE Escribe el húngaro rey
diciendo que le he robado,
contra la ley de hombre honrado
y humana y divina ley,
al huésped donde posaba,
una hermana que tenía.

FLORELA ¿Y ser verdad no podía?

- CONDE ¡Eso sólo me faltaba!
Ni podía ser verdad,
ni la vi, ni sé quién es.
Público partí; después
sucedió esta novedad.
- FLORELA No se queja sin razón.
- CONDE Hareisme desesperar.
- FLORELA ¿Pues cómo os pueden culpar
sin causa de esta traición?
- CONDE ¿Celio, aquí estáis?
- FINEA Sí, señor.
- CONDE Ponte luego de camino.
- FINEA ¿De camino?
- CONDE Determino
defender mi noble honor.
Esta carta has de llevar
a Alberto, y aquesta al rey.
- FINEA ¿Yo, señor?
- CONDE ¿No es justa ley
servir, defender y honrar
a sus dueños los criados
cuando hay tan grande ocasión?
- FINEA Yo conozco que es razón,
pero hay otros más honrados
y de más entendimiento.
- CONDE Pues hago elección de ti,
yo sé que sabrás por mí
defender mi noble intento.
¿No conociste en Hungría
a Alberto?
- FINEA ¿Yo? Sí, señor.
- CONDE ¿Pues quién le hablará mejor,
Celio, en la inocencia mía?
¿No sabes tú que he venido
solo?
- FINEA ¡Y cómo si lo sé!
- CONDE Si a Finea vi ni hablé,
mi amor te merezca olvido.

FLORELA Ya, conde, sé lo que son
los cuidados en ausencia.
CONDE ¡Vive Dios, que mi inocencia
dé voces a tu razón!
Juzga si quieres, de mí,
como es justo.

FLORELA Ya he juzgado
que te ausentaste y he hallado
que duró el amor en ti
hasta que viste esa dama.
¿Dónde la tienes? Bien creo
que puedes de mi deseo
fiar lo que el tuyo ama.
¿Por qué no la traes aquí?

CONDE ¡Oh pesar de mi desdicha!

FINEA Por aquí ha de entrar mi dicha.

CONDE ¡Que tú me trates así!
¿Pues satisfácese el rey
y el mundo de mi inocencia,
y tú en mi propia presencia
contra toda justa ley
de amor y de obligación,
por culpado ya me nombras
por imaginadas sombras?

FLORELA Muy justas sospechas son,
que el rey no te ha de querer
ni tener celos de ti,
y yo, Federico, sí,
que pienso ser tu mujer.

CONDE Perdona mi atrevimiento,
que no te puedo escuchar.

Vase el conde.

FINEA Mal has hecho en apretar
tanto al conde el pensamiento;
que de ser esto verdad,

verdad es, y la ha traído
consigo. Adiós.

Hace que se va.

FLORELA ¡Qué atrevido
te hace ya la voluntad!
Tente, vuelve, escucha, para.

FINEA ¿No ves que me he de partir? [*Aparte*].
(Harto bueno fuera ir
donde Alberto me matara.
¡Caso extraño; que este intente
que vaya a mi propio hermano!
Mas no me enviaba en vano
cuando disculpase intente,
pues soy la misma ocasión).
Triste estás.

FLORELA Estoy pensando
venganzas.

FINEA No son, amando,
nobleza ni estimación.

FLORELA ¿Pues no dices que es verdad?

FINEA Y si me guardas secreto
te la enseñaré.

FLORELA ¡Qué efeto
de celosa voluntad!
¡Ay Celio! Si tú me enseñas
esta mujer, ten por cierto
que te adore.

FINEA Yo soy muerto
si se entiende ni aun por señas.

FLORELA Quíteme el Cielo la vida
cuando te venga algún daño.

FINEA Hoy verás el desengaño.

FLORELA Tú, la palabra cumplida,
mi hacienda es tuya.

FINEA No quiero
más premio que hacerte gusto,

aunque dé al conde disgusto,
por la fe de caballero.

FLORELA Fía en la palabra mía.

FINEA Gran necio debo de ser,
pues fío de una mujer
dos secretos en un día.

Vase, y salen Alberto y Lusidoro, de noche; Alberto con una pistola.

ALBERTO De otra suerte quisiera disfrazarme,
ya que a Nápoles vine, Lusidoro,
a cobrar el honor que me han quitado.

LUSIDORO ¿Cómo quieres venir más disfrazado
que no siendo de nadie conocido?

ALBERTO Si del conde lo soy, que me ha ofendido,
¿qué importa que ninguno me conozca?

LUSIDORO Guárdate de él hasta que llegue el día
que te puedas vengar de sus agravios.

ALBERTO ¡Qué pocos son en la venganza sabios!
¿Dónde tendrá a mi hermana Federico?

LUSIDORO ¿Pues hale de faltar lugar secreto
en esta insigne máquina? ¿No adviertes
tantos palacios, tantas torres fuertes,
tantas hermosas quintas y jardines,
y que de la ribera los confines
parecen otras calles y ciudades?

ALBERTO En fin, ¿a que es mejor me persuades
disparalle de noche una pistola?

LUSIDORO No me parece que es venganza honrada,
porque donde hay traición basta la espada,
y si te dije que era bien matalle
en su casa, en palacio o en la calle,
fue consejo no más de consultalle
con el honor entonces; más agora,
mirando que otros medios son más cuerdos
y remedian mejor tu honor perdido,
que no le mates a traición te pido.

ALBERTO ¿Pues que llamas traición? ¿Córreme acaso obligación de hacello en desafío, habiéndome quitado el honor mío?

LUSIDORO Si pudieras casarle con Finea, ¿no era remedio, Alberto, más honrado?

ALBERTO ¿Quién duda que si el conde se casara, cuanto honor me ha quitado me volviera, y que el remedio más piadoso fuera? Pero llegando a ser rebelde en todo sola su muerte puede ser el modo para que salga yo de tanta afrenta.

LUSIDORO Si al rey hablastes, tengo yo por cierto que puesto el conde en ásperas prisiones, vendría a confirmarse en lo que es justo.

ALBERTO Más, Lusidoro, de vengarme gusto, que no de pleitear públicamente.

LUSIDORO De la casa a que acudes sale gente.

ALBERTO Aquí dicen que vive cierta dama, a quien el conde sirve, adora y ama, y con quien antes que partiese a Hungría casarse, que es muy noble, pretendía. Pues mira tú si el conde se casase, que buen remedio daba al honor mío; yo no quiero prisión ni desafío, sino pasarle el pecho con dos balas.

LUSIDORO La voz he conocido; él es sin duda.

ALBERTO Él trae un paje y un lacayo solos.

LUSIDORO Hombres de espada son.

ALBERTO No importa nada, que no defiende pólvora la espada.

Salen el conde, y Finea y Clarín, de noche.

CONDE Perdido voy de tristeza.

CLARÍN Muy atrevido has andado.

CONDE Causa Florela me ha dado, aunque adoro su belleza.

CLARÍN ¿Qué causa te puede dar,

si son efetos de amor
los celos? ¿No ves, señor,
que como no puede estar
el sol sin sombra, no puede
el amor estar sin celos?

FINEA (Ya, por piedad de los Cielos,
prósperamente sucede
mi imposible pretensión;
que la discordia que ha entrado,
por celos principio ha dado).

CONDE ¿Qué hora es?

CLARÍN Las doce son.

Desvíate desta puerta,
que se vengará de ti
si sabe que estás aquí.

CONDE Más quisiera verla abierta.

CLARÍN Pues volvamos a llamar.

Di que no puedes vivir.
¡Ah señor! ¡Cómo el fingir
negocia más que el amar!
¿Tienes seso? Habéis reñido
sobre tan cruel novela
como decirte Florela
que una mujer has traído.
¿Juraste de no la ver,
porque no quiere creerte,
y ella a ti de no quererte,
y luego quieres volver?
Estate dos horas quedo,
no muestres que te aficiones:
las mujeres y las monas
no han de conocer el miedo,
que en conociéndole muerden.

CONDE ¡Qué fácilmente aconseja
quien no quiere a quien se queja!

CLARÍN ¡Oh, cuántos su gusto pierden
por no saber esperar!
Vámonos de aquí, señor.

- CONDE Clarín, no me deja amor,
que harto me quiero esforzar.
- CLARÍN Pues tráigante aquí la cama.
- CONDE ¡Qué tal mentira se crea!
¡Maldiga Dios a Finea,
por quien Florela me infama!
¡Que me culpasen a mí
de lo que no vi ni sé!
- FINEA [*Aparte*]. (La discordia que sembré
viene a llover sobre mí).
- CONDE ¡Plega a Dios, Finea, o quien eres
que nunca tengas ventura!
- FINEA Señor, ya es eso locura.
¿Pues tú ofendes las mujeres?
¿Qué culpa tiene Finea
de lo que piensan de ti?
- CONDE ¿No es ella la causa?
- FINEA Sí,
mas ¿qué importa que lo sea?
- CONDE Celio, si me quieres bien,
ayúdame a maldecir
esta mujer y decir
que es un demonio también.
- FINEA No haré tal, por vida mía,
que soy noble y defender
me toca toda mujer.
- LUSIDORO (¿Aguardas que llegue el día?).
- CONDE Gente viene.
- ALBERTO Ya disparo. [*Dispara Alberto y no da fuego*].
¡No dio fuego, vive Dios!
- CONDE ¡Oh perros!
- LUSIDORO Pues somos dos,
sea el acero reparo
de lo que el plomo faltó.

Acuchillanse, y Finea va tras Alberto y Lusidoro.

FINEA ¡A ellos, señor, a ellos!

CLARÍN ¡Cómo se tiene con ellos
pesia de quien me parió!
CONDE ¡Oh! Buen Celio, no los sigas.

Sale Finea.

FINEA Porque huyen te obedezco.
CONDE Que premio y brazos te ofrezco.
FINEA Con lo postrero me obligas.
CONDE ¡Vive Dios, que eres honrado!
CLARÍN ¡Pesia tal, qué cuchilladas
tiraba!
FINEA Bien empleadas
por tu vida y a tu lado.
CONDE ¿Esta gente, quién sería?
CLARÍN Ladrones deben de ser.
CONDE No llegan a acometer
con fuego y tanta osadía,
que el ladrón pide, Clarín,
la capa, y no mata al hombre;
sólo quiere que se asombre.
CLARÍN La llama del polvorín
me puso bravo temor.
CONDE La pólvora ardió no más.
FINEA Mal seguro, conde, estás.
CLARÍN Mal seguro estás, señor.
CONDE Este demonio o mujer,
esta Finea infernal
es causa de tanto mal.
CLARÍN Por ella debió de ser.
Vamos a casa y volvamos
con fuego a buscar quién son.
CONDE No ha de faltar ocasión,
Clarín, si de noche andamos.
En Nápoles está Alberto,
y aqueste debió de ser.
Yo me quiero recoger.
FINEA Eso, señor, es lo cierto.

(Sin duda mi hermano fue,
que el rostro le conocí).

CONDE Basta, amigos, que hoy nací.

FINEA Por eso me reporté.
(¡Jesús, que desdicha fuera
si hubiera muerto a mi hermano,
o él al conde!).

CONDE Ya es en vano
salir de aquesta quimera
con escribir ni con dar
satisfacciones de mí.

Vase el conde.

CLARÍN ¿Verás a Fenisa?

FINEA Sí,
si el conde se va a acostar.

CLARÍN Díjome que te esperaba
con Flora.

FINEA Si aqueste loco
tarda en acostarse un poco,
voy como flecha de aljaba.

CLARÍN Vive Dios, que eres valiente,
pero quéjase Fenisa
que eres tibio.

FINEA Está de prisa,
como el dinerillo siente.
Yo, como soy socarrón,
querríala enamorar,
porque esto de ejecutar
es muy baja condición.

CLARÍN Yo sé que te quiere bien,
y que me alaba tu brío.

FINEA Por el dinerillo mío
debe de hacello también.
¿Es limpia?

CLARÍN Como una plata
lo interior y la corteza.

FINEA Porque no habiendo limpieza
todo amor se desbarata.

¿Buen olor?

CLARÍN Divino olor.

FINEA No digo lo perfumado.

CLARÍN Acaba, no seas pesado,
que se aleja mi señor.

FINEA ¿Hay otro?

CLARÍN ¡Necia porfía!

FINEA Saber yo si hay otro es justo,
porque no es cambio mi gusto
que haya Celio y compañía.

Vanse, y salen el rey y el marqués.

REY Vuelve a escribirme el rey; está con pena.

MARQUÉS No es posible que el conde lo negara,
pues no era cosa de razón ajena
que con mujer tan noble se casara.

REY Mucho tanta porfía le condena.
Yo pienso que el engaño se declara:
pondré en prisión al conde.

MARQUÉS ¿Con qué prueba?

REY ¿Por los indicios, fuera cosa nueva?

MARQUÉS No fuera nueva cuando son bastantes;
el conde jura que no vio a Finea,
y no se prenden hombres semejantes
sin que la causa conocida sea.

REY Que esté indicioso en esto, no te espantes,
fuera de no ser justo que lo crea,
y el conde, como sabes, me ha obligado.

MARQUÉS Satisfacción de su valor te ha dado;
fuera deso me obliga su inocencia
saber que quiere y sirve a cierta dama
con notable cuidado y asistencia,
y ella también le corresponde y ama.

REY Como esas cosas pasan en ausencia...

MARQUÉS No siempre dice la verdad la fama.

El conde libre importa a tu servicio,
 más que en prisión por tan pequeño indicio.

Sale un criado.

CRIADO Dos húngaros caballeros
 piden, gran señor, licencia
 para verte.

REY Ya, marqués,
 mayores pruebas comienzan.

Salen Alberto y Lusidoro.

ALBERTO Dame, gran señor, los pies.

REY Por vuestra presencia y tierra
 es justo daros los brazos.

LUSIDORO Conforme tu real grandeza
 favoreces los vasallos
 de un príncipe que desea
 darte en sus labios su sangre.

REY ¿Es embajada, o es queja?

ALBERTO Queja, señor.

REY Ya conozco
 quién eres. Mucho me pesa
 que esto se ponga en estado
 que así te obligue que vengas,
 Alberto (si eres Alberto),
 a buscar con tanta pena
 satisfacción a tu honor;
 mas porque no es bien que sea
 tu información sin la parte
 que se afirma en su inocencia,
 llamad luego a Federico.

ALBERTO Yo sé que cuando él me vea
 no negará la verdad.

MARQUÉS Por lo menos jura y niega
 que nunca vio a vuestra hermana.

ALBERTO Pues yo, con licencia vuestra,

sé que me pidió al partirse,
y con mucha diligencia,
que por mujer se la diese;
¿pues cómo me la pidiera
si nunca la hubiera visto?

REY ¡Extrañas cosas son estas!
¿No viene el conde?

Sale el conde.

CONDE Ya estoy,
gran señor, en tu presencia,
agradecido en extremo
de que no dices sentencia
contra mí sin escucharme.

REY Propón, Alberto, tus quejas.

ALBERTO Habiendo, ilustre Rugero,
que en la mayor parte reinas
de Italia, fuera de Roma
(perdonen Mantua y Florencia),
apostado en mi casa,
de antigua y clara nobleza,
al conde, que está presente,
y regalándole en ella,
si no como él merecía,
como pude, al salir de ella
me faltó mi propia hermana;
faltó mi hermana Finea
de mi casa, habiendo sido
ejemplo a cuantas doncellas
tiene la corte de Hungría,
donde a una voz no discrepa
persona que no le culpe;
y es tan cierta la sospecha,
que habiéndose en todo el reino
hecho grandes diligencias
con penas extraordinarias,
no hay quien diga ni quien sea

más de que la voz común
dice que el conde la lleva.
Con esto el rey te escribió:
yo sin aguardar respuesta
vine a ver si de mi honor
me daba Nápoles señas.
No he merecido ninguna
de mis contrarias estrellas,
y así tuve por mejor,
excusando competencias,
venir a pedir justicia
al tribunal de tu alteza.

CONDE El rey, mi señor, Alberto,
y cuantos en su presencia
te escuchan, habrán juzgado
por tu información incierta
tu engaño con mi lealtad,
tu opinión con mi inocencia;
porque faltarte tu hermana
corto indicio manifiesta
de que yo me la llevase,
porque pudo entonces ella
entre tanta confusión
salir con quien...

ALBERTO No te atrevas
a decir tal libertad.

CONDE Si es pleito, ¿de qué te quejas?
Pues aun en oposiciones
de cátedras hay licencia
para decir los efetos,
y no es bien que tú la tengas
de llamarme a mí traidor,
y que yo, Alberto, no pueda
decir que lo fue tu hermana
a tu valor y nobleza.
Cúlpame de la ocasión
que mi alboroto pudiera
escusar, a no ser huésped

y no de tanta bajeza;
que mejor es presumir
que algún galán que requiebra
muchos años a una dama
el que la ha llevado sea,
que no el que jamás la vio:
que mujer de tales prendas
no había de conquistarse
con una palabra tierna.
Esta es toda la verdad.
Vuélvete, Alberto, a tu tierra;
que los caballeros nobles
que tan justo rey gobierna,
no van a ser desleales,
sino al negocio que llevan.
Y esto le diré en el campo
a ti, a tu sangre, a cualquiera
que salga, aunque entre tu rey,
si el mío me da licencia.

Vase.

ALBERTO Saldré luego a defender
que eres traidor.

MARQUÉS No pretendas
la justicia que no tienes,
ni ausente al conde te atrevas.

LUSIDORO ¿Puede el conde con razón...?

MARQUÉS Pues porque tú le defiendas,
dos a dos...

REY Quedo: ¿qué es esto?

MARQUÉS Perdona, señor, tu alteza,
que no es justo que por cosas
injustas, así, padezca
el honor de tus vasallos.

REY No quiero que se resuelva
este caso por las armas:
en mi consejo se vea.

Pruebe Alberto lo que dice,
que hasta ahora por sospechas
no es justo infamar al conde.

ALBERTO Perdone si ha sido ofensa
querer defender mi honor.

MARQUÉS También es bien que defienda
el conde el suyo.

LUSIDORO Es verdad.

ALBERTO ¡Maldiga el Cielo, Finea,
tu liviandad, pues padezco
tanto disgusto por ella!

Vanse, y salen Fenisa y Finea.

FENISA ¿Es posible que has de ser
tan avariento de un sí?

FINEA Si esto no haces por mí,
yo no te pienso querer.

FENISA Dime tú si puedo yo
servirte, y mi amor verás.

FINEA Oye y todo lo sabrás.

FENISA Habla.

FINEA El conde me mandó
que buscase a una mujer
para dar a su Florela
celos, que amor con cautela
suele mil veces vencer.

FENISA Ya sé sus estratagemas.

FINEA Florela celos le ha dado.

FENISA ¡Qué amor tan desatinado!
Mas si le quiere, no temas.

FINEA Que le quiera o no le quiera,
celos le ha dado, y él quiere
darle celos.

FENISA Pues espere
dos cosas de esa manera:
o picarla a más venganza,
o rendirla a más amor.

FINEA Tiene el conde, mi señor,
en mí grande confianza.
Piensa Florela que habemos
traído cierta Finea
de Hungría. O sea o no sea,
con mil celosos extremos
la amartela por vengarse,
y él quiere darle a entender
que es verdad.

FENISA Bien puede ser.

FINEA Antes debe de engañarse;
pero yo te he de llevar
y tú fingirte Finea,
porque como ella te vea
se puede certificar.
Contarasle que has venido
con él, y cuánto le quieres.

FENISA Suelen así las mujeres,
Celio, descartar olvido
y quedarse en solo amor.
Digo que todo lo haré.

FINEA ¿Sabrás?

FENISA Pienso que sabré.

FINEA Pero ¿qué abono mayor
que ser mujer, porque todas
tienen destreza increíble?
Con esto será posible
dulce fin de nuestras bodas,
que yo quiero ser muy tuyo,
como en las obras verás;
mas no has de querer jamás
otro amor.

FENISA De todos huyo,
Celio, después que te vi.

FINEA Trújome aqieste picaño
de Clarín, a quien engaño
con Silvia, y muero por ti.
Ello no es mucha lealtad,

pero ya los cortesanos
dicen que no siendo hermanos
no se mira en amistad.
Y de ver hombres me admiro,
que al amigo más honrado,
por cualquier gusto prestado
hacen en la honra un tiro.
Tú no tienes tantas prendas
con Clarín que me esté mal
serle un poco desleal.

FENISA ¡Qué satisfacer pretendas
a un lacayo picarón!

Sale Clarín.

CLARÍN (¿Qué es aquesto de lacayo?).

FENISA Pásame la vida un rayo
si le he tenido afición.

CLARÍN (¡Celio y Fenisa y aquí
de lacayo y juramento!
Mujeres, al fin).

FINEA ¿Qué intento
pudiera moverle así?

FENISA Decir que te casarías
conmigo y ha de tener
miedo una sola mujer
de vivir sin compañía.
Sujétale el vino al tal
y el bravo desatinado
nos pone en tanto cuidado
y a veces en tanto mal.
Quise aceptar el envite,
que en lo demás, es Clarín
una gallina, un hombre, en fin,
que lo que sabes permite,
y no quieras saber más.

CLARÍN (Fiad de mujeres tales).

FENISA Mi bien, pues prendas iguales

de tu voluntad me das,
confírmalas con los brazos.

FINEA Una y mil veces, mi bien.

CLARÍN Y yo doy el parabién
a usasté de los abrazos.

FENISA Pues ¿qué le parece, diga?

CLARÍN Que es mal hecho y que es mi amigo.

FINEA Pícaro, tú eres testigo
que necesidad me obliga,
porque yo soy caballero.

CLARÍN Vive Dios, que he de cortar
a alguno...

FINEA Deje de hablar,
lacayo enjerto en cochero,
o darele.

CLARÍN ¡Pesía mí!
Saque el pajazo la espada.

Sacan las espadas.

FINEA Pues tome esta cuchillada,
gallina.

CLARÍN Reparo así.

FINEA ¿No huye? Pues si me enoja...
Tome.

CLARÍN ¡Pesía mi linaje!

FENISA ¿Hay tal donaire de paje?
¡Vive Dios, que es de la hoja!

JORNADA TERCERA

Salen Florela y Fenisa, con mantos, y Finea.

FLORELA Celio, bien venido seas.

FINEA Hoy verás si verdad fue.

(¿Estás en todo?).

FENISA (Ya sé

que me he de llamar Finea).

FLORELA ¿Sois vos a quien trujo el conde,
hermosa dama?

FENISA Yo soy.

FLORELA ¿Que en tanta desdicha estáis?

Mal a quienes corresponde.

FENISA Yo soy la hermana de Alberto.

FLORELA Mal mirastes por su honor.

FENISA ¿Qué concierto por amor,
no fue siempre desconcierto?

FLORELA ¿Tan presto se le tuvisteis?

FENISA ¿Pues tardasteis mucho vos
en tenérsela?

FINEA ¡Por Dios
que te cogió!

FLORELA Bien hicisteis.

FENISA Bien o mal posó en mi casa;
soy mujer, no somos fuertes
en la ocasión.

FINEA Bien adviertes
lo que pasa.

FLORELA Y que me abrasa.
¿Es posible que engañase

el conde a una dama noble,
y que con trato tan doble,
casa y voluntad pagase...?

FINEA Si se ha de casar con ella,
no será muy mala paga.

FLORELA Bien será que satisfaga
la deuda el conde.

FINEA ¿No es bella?

FLORELA Es demonio para mí.
Nunca la hubieras traído.

FINEA Tú, señora, lo has querido,
por eso la truje aquí.

FLORELA ¿Es posible que dijese
amores a otra mujer?

FINEA Si no lo quieres creer,
mejor desengaño es ese.

Haz cuenta que fue mentira,
que cuanto a mí, ¿qué me va?

FENISA (Turbada Florela está;
con mal semblante me mira.
Vámonos, Celio, que estoy
temblando no venga el conde).

FLORELA (¡Con qué libertad responde:
«Yo soy Finea, yo soy
de Alberto hermana, y a quien
engañó el conde»!).

FINEA (Habla más).

FENISA (¡Qué libre mintiendo estás!).

FINEA (Mi parte me va también).

FENISA (¿Parte?).

FINEA (Sí, me ha prometido
el conde por estos celos,
para traer con desvelos
a la memoria su olvido,
mil escudos: ¿cómo quieres
que no tenga en esto parte?
La mitad tengo que darte,
Fenisa, para alfileres).

- FENISA (Para una casa los tomo,
aunque yo sólo de ti
quiero tu amor).
- FINEA (Pues en mí
buscarás oro, y hay plomo).
- FENISA (Mira que el conde vendrá).
- FINEA (¿Cómo ha de venir si yo
concerté con él que no?
En fin, avisado está).
- FLORELA (Porque me informé de todo
me estoy muriendo y quisiera
no escucharla si pudiera.
Mostradme, celos, un modo
con que no pueda saber
esto que saber deseo.
Pero si lo escucho y creo,
¿qué sirve darme a entender
que es mentira la verdad?).
¿Finea?
- FINEA (Responde).
- FENISA (El nombre
es nuevo, no hay que te asombre
mi poca puntualidad).
¿Qué le mandáis a Finea?
- FLORELA ¿Que os dijo muchos amores?
- FENISA Pienso que fueron menores
los de Jason a Medea.
Jurábame que en su vida
tuvo amor a otra mujer.
- FLORELA Si jura, bien puede ser,
pero piensa que se olvida.
- FENISA Ya sé que os le tuvo a vos,
y que no le tiene ahora,
porque dice que me adora
estando a solas los dos.
- FLORELA (Celosa esta necia trata
asegurarse de mí).
Llévame, Celio, de aquí

esta mujer que me mata.

FINEA Ven, Finea, que otro día
habrá mejor ocasión.

FENISA Pues sabéis mi obligación,
suplícóos, señora mía,
que no le admitáis aquí,
y que la palabra dada
me cumpla, pues es jurada;
decid al conde por mí,
que si no mi hermano Alberto
le ha de matar.

FLORELA Bien, será.
(Tras la ofensa me hace ya
tercera de su concierto).
Celio, si de aquí no llevas
este demonio o mujer,
¡verás!...

FENISA ¿Qué puedes hacer
que a ti misma no te debas?
Véngate del conde en mí,
que mejor que el conde soy.

FLORELA Por vengarme dél estoy;
pero no ha de ser así,
que mi honor y el tuyo temo,
puesto que mejor se emplea.

FINEA Vámonos de aquí, Finea.

FENISA (¿Hícelo bien?).

FINEA (Por extremo;
la misma no te igualara).

FENISA (¿Qué me has de dar?).

FINEA (Calla y vamos,
que en grande peligro estamos,
si esta en su agravio repara,
y aún me espanto, según vi
sus ojos echando rayos,
que no llame dos lacayos
para vengarse de mí).

Vanse las dos por una puerta, y sale el conde solo por otra.

CONDE Con estos necios cuidados
Florela, y viles sospechas
de antojos de Alberto hechas
y de dos locos criados,
más lisonjeros que honrados,
no pude venir a verte,
porque es la cosa más fuerte
que a hombre noble sucedió,
supuesto que me libró
mi inocencia de mi muerte.
Dio fuego sin emprender
la pólvora y munición;
turbóseme el corazón,
porque fue razón temer.
No sé qué tengo de hacer
contra aqueste testimonio,
todo invención del demonio,
sólo porque dije un día
no sé qué por cortesía
con nombre de matrimonio...
¿Qué es esto?, ¿estás enojada?
¿Cosa que algo desto creas?,
que si matarme deseas,
no busques mejor espada.
¿Pues no respondes, airada?
Vuelve ese rostro, señora;
¡bueno será que tú ahora
sus desatinos ayudes
y que el semblante me mudes,
que el alma por verlo adora!
¡Ah Florela! Mas ¿qué digo,
si me matas tú también?
Mira mi bien, que soy quien
estoy hablando contigo.
¿De qué sirve dar castigo
a un hombre que está inocente...?

FLORELA No es inocente quien miente;
y con vergüenza tan poca,
lo que en el alma no siente
quiere que diga la boca.
¡Ah conde! ¡Nunca te hubieran
visto mis ojos!

CONDE ¿Ahora
sales con eso, señora?

FLORELA ¡Cuánto más dichosos fueran!
Que si este gusto perdieran,
menos lágrimas lloraran.

CONDE ¿En qué tus dudas reparan?
Que no pensé que tus ojos
jamás con agua de enojos,
más que con sol, me mataran.
Haz sol, la lluvia suspende;
mira que te han engañado.

FLORELA En no verte hablar turbado
tu misma traición se entiende.

CONDE Antes eso me defiende,
porque mi inocencia crea
quien tanto mal me desea.

FLORELA ¿Quieres que claro lo diga?

CONDE Dilo, si mi amor te obliga.

FLORELA Pues hoy he visto a Finea.

CONDE ¿Qué Finea?

FLORELA Esa mujer
con quien estás ya casado.

CONDE ¿Tú visto...?

FLORELA Visto y hablado.

CONDE Soñando, bien puede ser.

FLORELA Digo que acabo de ver
viva y presente esa dama
que ya tu mujer se llama;
y llorando me pidió
que te persuadiese yo
a que vuelvas por tu fama.
¿Quieres más?

- CONDE ¿Que tú has hablado
 esa que llaman Finea?
- FLORELA La misma que te desea,
 y con quien estás casado.
 ¡Qué bien, conde, me has pagado
 lo que he pasado por ti!
- CONDE ¿La que yo no hablé ni vi,
 has visto tú? ¿Qué es aquesto?
 Algún demonio se ha puesto
 en figura contra mí.
- FLORELA A cuatro días de ausencia
 amores a otra mujer,
 ser su esposo prometer
 y traerla a mi presencia...
 No sé quién me da paciencia
 para sufrir tus agravios.
- CONDE El alma tengo en los labios
 y el corazón en los ojos.
 ¿Hay tan injustos enojos?
- FLORELA ¿Hay desengaños tan sabios?
- CONDE ¿Hay malicia semejante?
- FLORELA ¿Hay traición tan desigual
 en un hombre principal?
- CONDE Yo haré que a este reino espante
 mi venganza.
- FLORELA No es bastante
 ninguna satisfacción;
 los ojos testigos son
 que no se pueden tachar.
- CONDE Tú me quieres obligar,
 y aprovechas la traición.
- FLORELA ¡Buena salida; y que tiene
 ingenio!
- CONDE Nunca le aplico
 a traiciones.
- FLORELA Federico,
 tarde tu malicia viene.
 Olvidarte me conviene;

desde aquí voy a olvidarte.

CONDE Yo a matarme.

FLORELA Yo a dejarte,
pues que tu traición me esfuerza.

CONDE Mi verdad hará que tuerza
tu intento.

FLORELA No puede ser.

CONDE Basta, que vengo a tener
aquesta mujer por fuerza.

Vanse, y salen el rey y el marqués.

REY Alberto ha dado en decir
que el conde tiene a su hermana.

MARQUÉS Yo tengo por cosa llana
que lo debe de fingir.

REY ¿Cómo fingirlo pudiera
no le moviendo interés?

MARQUÉS O es engaño, pues ya ves
que al conde nada le altera.

REY Buenas ausencias son leyes
dignas en hombres de honor.

MARQUÉS Así las tienen, señor,
los que están junto a los reyes;
porque como siempre ven
lo que hay con ojos ajenos,
hacer malos o hacer buenos
consiste en quien hable bien.
Pero cierto, gran señor,
que no es por mi natural,
mas porque sé que es leal,
el conde y digno de amor.

Sale un criado.

CRIADO Una mujer está aquí,
que quiere hablar a tu alteza.

REY Entre. Notable tristeza
por el conde vive en mí.

Sale Finea, de mujer, con manto, cubierta el rostro, y híncase de rodillas delante el rey.

FINEA Como en lugar de Dios están los reyes,
poderoso Rugero, cuanto humano,
y el dispensar o ejecutar las leyes
está en su voluntad como en su mano,
sin exceptar desde el que humildes bueyes
pone al arado, bárbaro villano,
hasta el mayor señor (que la justicia
ni la tuerce el amor ni la codicia);
no es justo que se tenga a desconcierto
venir, señor, pues la razón responde,
a tus pies generosos, como puerto
que al mar de mis desdichas corresponde.
Finea soy, la hermana soy de Alberto,
a quien de Hungría, con engaño, el conde
Federico sacó, dando primero
palabra, como noble caballero.
Desde entonces, señor, casi oprimida,
si bien amor fue la causa de mi daño,
me tiene disfrazada y escondida,
para encubrir con todos este engaño.
Niégame la palabra prometida,
de que tengo tan cierto desengaño
que se quiere casar con otra dama,
de que corre por Nápoles la fama.
Suplico a vuestra alteza no permita,
ya que yo fui mujer, cuya flaqueza
no es la primera vez que se ve escrita:
(así nos fabricó naturaleza)
que no se case, pues mi honor me quita
y el de mi casa, de mayor nobleza,
que si saben tan grande tiranía
se ha de poner en arma toda Hungría.

REY ¿Qué os parece de aquesto, Ludovico?
 ¿Es verdad o mentira? ¡Vive el Cielo,
 que ha de morir el conde Federico!

MARQUÉS A tu piedad de tu justicia apelo.

REY ¿Pues no es justo el rigor que signífico
 contra su deslealtad e injusto celo?
 ¿No basta la traición? ¿A un rey se niega
 la verdad que pregunta, pide y ruega?
 ¿Esto se sufre en ley de cortesía,
 cuanto más de respeto y de obediencia?

MARQUÉS ¿A quién no le pusiera cobardía
 tu enojo, de quien ya tiene experiencia?
 Demás que esta mujer finge, o podía
 ser hermana de Alberto.

REY En mi presencia
 está Alberto también.

FINEA ¡Cielos! Hoy muero:
 mi atrevimiento me mató; ¿qué espero?

Sale Alberto.

ALBERTO No puedo dejar, señor,
 de proseguir en cansarte;
 porque no tengo otra parte
 donde pueda hallar favor.
 El conde quiere matarme,
 todos me infaman por él.

Hablan al oído el rey y el marqués.

MARQUÉS ¿Decirlo quieres?

REY Y dél

quiero, marqués, informarme.

Descubre el rostro, Finea... [*Descúbrese Finea*].

¿Es esta, Alberto, tu hermana?

ALBERTO ¡Oh, infame, vil y villana! [*Saca la daga para ella*].

Con esta daga...

FINEA ¡Ay de mí!

MARQUÉS Huye presto.

FINEA Eso deseo.

Vase huyendo Finea.

REY ¿Hiriola?

MARQUÉS No, señor.

ALBERTO Creo
que es ilusión lo que vi.

REY ¿Pues Alberto en mi presencia...?
Préndanle luego.

ALBERTO Señor,
moviome el justo dolor;
no pude hacer resistencia.
Confieso el atrevimiento;
pero yo estoy tan perdido,
que aún pienso que no he tenido
señal de arrepentimiento.
De honor mis afectos son;
perdona mi desatino.

REY Su rey ha sido el padrino
por quien merece perdón.
Corre por cuenta de ser
esposo ya de Lisarda
su hijo.

Salen Clarín y el conde.

CLARÍN No entres, aguarda.

CONDE Antes lo quiero saber.
¿De qué, marqués, procedió
este alboroto?

MARQUÉS Teneos,
que está el rey muy enojado
con vos.

CONDE ¿Conmigo?

- MARQUÉS Y no siento
disculpa a vuestra malicia.
- CONDE Pues ¿vos os mudáis tan presto?
¿Es porque Alberto está aquí?
Señor, ¿qué os ha dicho Alberto
que me volvéis vuestro rostro?
- REY Los leales caballeros
nunca engañan a los reyes,
porque el bien o mal que han hecho
no se les debe negar.
- CONDE Señor, si culpa no tengo,
¿será bien que la confiese?
- REY ¿Marqués?
- MARQUÉS Señor.
- REY Esto es bueno.
- MARQUÉS Conde, aquí estuvo Finea;
el rey la vio, y Alberto
dice que es su propia hermana.
Quéjase de ti diciendo
que la trujiste de Hungría,
y que tratas casamiento
con otra dama.
- CONDE ¿Qué dices?
- MARQUÉS ¿Qué digo?
- CONDE Sí.
- MARQUÉS Lo que veo.
- CONDE Señor, ¿tú has visto a Finea?
- REY Yo la he visto y te confieso,
conde, que fié que en ti
y en tu buen entendimiento
no cupiese tal maldad.
- CONDE ¡Si la he visto, plegue al Cielo...!
- REY ¿Todavía? ¡Extraño caso!
O está loco, o es tan necio
que a todos nos vuelve locos.
- CONDE Señor, digo que lo creo,
pues vuestra alteza lo dice,
y que es verdad que la tengo.

Yo la debo de tener,
aunque, ¡vive Dios eterno!,
que no sé cómo ni dónde,
porque yo jamás la veo.

REY Ya no la debes de ver,
como tratas casamiento
con esa dama a quien sirves;
que aborrecerla te ha hecho,
el tratarla desta suerte
porque no te obligue Alberto
a que con ella te cases.

ALBERTO Federico, si tenemos
ojos, si razón, si ley,
si trato humano, ¿qué es esto?
¿Cómo niegas a los ojos
lo que con los ojos vemos?
¿Por qué a la razón la pena?
¿Por qué a la ley el derecho?
¿Por qué al trato humano el ser
con que se vive en concierto?
Tienes a mi hermana aquí,
y en deshonor y en desprecio
suyo y mío, y aun del rey,
que a los dos nos está oyendo,
¿niegas que jamás la viste?

CONDE Alberto, yo estuve ciego,
yo sin sentidos, pues todos
ven aquello que no veo.
Ello es sin duda verdad;
pero enséñame, te ruego,
esa señora, y si dice,
no digo yo que la tengo,
sino sólo que la he visto,
yo digo que desde luego
soy su marido.

ALBERTO Pues yo
voy a buscarla.

CONDE Y yo espero.

REY Tú has hecho como quien eres.

CONDE Yo, rey poderoso, he hecho
lo que quiere mi fortuna,
la razón no, porque puedo
jurar que jamás la vi.

REY ¿Otra vez?

MARQUÉS Tan grande exceso,
señor, parece locura.

REY Que es tema en que ha dado creo;
y no es justo, Ludovico,
que pierda tal caballero
vida y honor si es culpado,
y si no es culpado, el seso.

Vanse, y queda solo el conde.

CONDE ¿Hay semejante desdicha?
¿Si la vi..., si no me acuerdo?
Pero ¿cómo puede ser
que la viese, y que tan presto
no me acuerde haberla visto?
Que estos se han juntado pienso
para hacerme alguna burla.

Sale Clarín.

CLARÍN Afuera estuve, creyendo
que salieras para ver
el fin de aqueste suceso,
y oigo decir que está el rey
tan enojado que entiendo
que te ha de costar la vida.

CONDE Ya ni aun la vida deseo.

CLARÍN ¿Cómo trujiste esta dama,
señor, con tan gran secreto,
que no la viese Clarín
por todo el camino? Y tengo
justa razón de quejarme,

pues siendo fiel, me has puesto,
con dos vueltas a la llave,
silencio a tus pensamientos.
Enséñamela siquiera,
sepa yo si lo merezco
por lo que, en fin, te he servido
y mi padre a tus abuelos.
¿Qué talle, qué rostro tiene,
qué brío, qué entendimiento?
Que, pues tú la guardas tanto,
debe de ser de los cielos.

CONDE Ellos se duelan de mí,
pues inocente padezco
tan grande persecución.
Y tú, villano, grosero,
¿también ayudas a quien
gusta de quitarme el seso?

CLARÍN Señor, tente, que no es justo
que juzgues atrevimiento
decir lo que dicen todos.

CONDE ¿Cómo todos?

CLARÍN Lo primero,
dice Florela, señor,
que vio a Finea, y haciendo
extremos por tus injurias,
daba perlas y oro al suelo:
estas de sus bellos ojos,
y esotras de sus cabellos.
Lo segundo, dice el rey
y los Grandes, que estuvieron
en la cámara, que han visto
a Finea, que pidiendo
justicia movió a piedad
cuantos la vieron y oyeron.
Y porque no puede ser
que lo finjan, dice Alberto
que es su hermana: pues, ¿qué quieres?
¿Todos mienten? Vive el Cielo,

que si me dijeran todos
que era caballo o jumento,
que en una caballeriza
pusiera a un pesebre el pecho,
y que si dijeran que era
murciélago o cuervo negro,
que me arrojara a volar
desde un corredor de aquestos.

Hace entender una dama
a su marido (que viendo
está el mancebo que viene
a su casa por momentos),
que es por una prima suya;
y mil veces los hijuelos
que salen zarcos y rubios,
siendo el hombre pelinegro,
que se parecen a un tío
que era colorado y fresco,
y críalos el tal hombre
como si fuera su dueño.

Hace entender la doncella
a su noble padre viejo
que toma acero en abril,
y sale vivo el acero.

Hace entender la soltera
que tiene treinta requiebros,
que son todos primos suyos,
y créenlo todos ellos.

Hace la viuda entender,
con más tocas que un armenio,
que es bayeta lo que viste,
y es oro todo el manteo.

¿Y no quieres tú creer
lo que todos están viendo?

Acaba ya, que es locura
negar lo que ven los ciegos.

CONDE Infame, ¿qué es lo que dices?

¿Hablas conmigo? ¿Qué es esto?

CLARÍN Tente señor.

CONDE ¡Vive Dios,

que de temor me detengo!

¿Por qué diréis que estoy loco?

Pero yo debo de serlo:

acabose, ya lo estoy;

¿lo que todos dicen niego?

Por Dios, que si el mayor sabio

que vieron latino o griego

Atenas o Roma, fuera,

que le quitaran el seso.

Pues quitaré yo la vida

a quien me tratare de esto.

CLARÍN Señor, señor, yo no digo

que lo he visto ni lo creo,

sino que lo dicen todos.

Sale Finea.

FINEA ¿Está aquí el conde?

CLARÍN A buen tiempo.

CONDE ¿Qué quieres, Celio?

FINEA Señor,

por muchos años y buenos

te cases con esa dama

que en tanto rigor te ha puesto,

que no hay en todo palacio

otra cosa; y yo me huelgo

por tu honor, que murmuraban

mil envidiosos y necios.

Vila salir, y por Dios

que es gallarda en todo extremo,

y que debe de tener

no menos entendimiento.

Bien haces en atajar

el curso de estos enredos,

que me dicen es muy noble

y rica de hacienda y deudos,

y que le diste en Hungría
palabra con juramento
que serías su marido:
pues con esto has satisfecho
al rey de allá y al de acá
y no menos al del Cielo.

Saca la espada el conde.

CONDE Finalmente infames
el que primero huyere
podrá vivir.

CLARÍN ¡La espada, señor! ¿Qué es esto?

FINEA ¿Pues tú para mí la espada?

CLARÍN Huye, no le aguardes, Celio.

FINEA Pues ¿por qué no me avisabas
que el conde estaba sin seso?

Vanse huyendo.

CONDE Acabose, fortuna; yo estoy loco;
no tengo que esperar, pues un lacayo
y un paje tienen mi valor en poco.
¡Ábrase esta mujer, del cielo, un rayo!
Pero, por Dios, que a veces me provoco,
si bien me causa tan mortal desmayo,
presumir de que debe de ser cierto,
y que se queja con razón Alberto.
Así deben de estar los que enloquecen
como yo ahora, no creyendo nada,
a quien varias imágenes se ofrecen,
nubes de confusión, alma turbada.
Un rey, un reino crédito merecen,
pues todos esta dama desdichada
vieron y hablaron, que con tal cuidado
me pide la palabra que le he dado.
Un rey, ¿dónde no fue siempre creído?
¿Qué ley no le da fe, si él solo jura?

Pues luego, ¿cuántos hombres han tenido
 noticia de mi engaño y mi locura?
 El seso tengo, vive Dios, perdido;
 mas que es del Cielo todo me asegura.
 ¿No estaba cuerdo yo? ¿Pues cómo es esto?
 ¿Qué hechizo infame en tanto mal me ha puesto?
 ¿Si hablé, si dije amores a Finea
 mientras duró en Hungría la embajada?
 Que no es mucho que loco, de la idea
 la tenga ya confusa, o ya borrada.
 Mas como quiera que el suceso sea,
 cumplir es justo la palabra dada:
 que si yo la gocé, no es bien ni apruebo
 faltar, por no acordarme, a lo que debo.
 Quiero decir al rey, para que pueda
 desenojar al rey, que fue accidente;
 y que quiero casarme, con que queda
 mi seso en paz y libre desta gente;
 que fuera de pedir que me conceda
 perdón, no puede haber cosa que intente
 que dé más gusto en mis desdichas sea,
 pues veré, por lo menos, a Finea.

Salen el rey y el marqués.

MARQUÉS La espada tiene desnuda;
 pienso que quiere matarse.

REY ¿Tanto aborrece el casarse,
 que de la muerte se ayuda?

MARQUÉS Llegue vuestra majestad,
 que es justo favorecer
 un caballero que ayer
 sirvió con tanta lealtad.

REY ¡Ah! Federico, ¿qué es esto?
 ¿Pues vos os tratáis así?

CONDE ¿Hay más que pase por mí?
 ¿Quién en tanto mal me ha puesto?

REY Quitalde la espada vos.

CONDE Bien digo yo que estoy loco.

REY Quien el alma tiene en poco,
conde, no conoce a Dios.

CONDE Tras ser loco, gran señor,
¿eso me añaden ahora?
Ya mi fortuna mejora,
ya voy cobrando valor:
mire, señor, vuestra alteza
la nobleza de mi casa.

REY ¡Qué presto a otras cosas pasa!
Ya trata de su nobleza.
Yo le quiero, Ludovico,
curar de aqueste accidente.

MARQUÉS Bien es que su alteza intente
su remedio.

REY Federico,
vos teníades razón,
y Alberto no la tenía,
que Finea está en Hungría
y niega vuestra afición.
Sosegaos, volved en vos,
que no os habéis de casar.

CONDE (El rey me quiere engañar;
pues no lo ha de hacer, por Dios).
Señor, si hasta ahora he sido
rebelde en no conocer
que es Finea mi mujer
y que de allá la he traído,
sabed que la obligación
y amor que tuve a Florela
me obligaba a la cautela
que puse en ejecución.
Ya que estáis tan enojado,
no es razón que por su gusto
pase adelante el disgusto
con que me habéis castigado.
Mandad que venga Finea,
que yo me quiero casar.

REY Pues yo os quiero perdonar
como vuestra mujer sea,
y creed que acertaréis
en hacer lo que es tan justo,
dando a todo el reino gusto,
por la opinión que tenéis.
Dalde la espada que ya
puede ceñirse la espada,
por quien mi corona honrada
en tantas partes está.
Id, Federico, en buen hora
a vuestra casa, y traeréis
a Finea, porque deis
su honor a tan gran señora,
que os juro que es la que tiene
más sangre del rey de Hungría.

CONDE Señor, la palabra mía
cumpliré yo si ella viene,
que yo, ¿cómo he de traer
la que no tengo ni he visto?

REY Mucho he de hacer si resisto
en tanto enojo el poder.
¿No confesasteis aquí
que la trujisteis de Hungría?

CONDE Digo que verdad sería,
puesto que yo no la vi.

MARQUÉS Mira, señor, que está loco.

REY Traedla luego, o haré
que os prendan.

CONDE Yo la traeré:
vuestra alteza espere un poco.
(Yo voy por ella, y no sé
dónde la tengo de hallar;
pero andarela a buscar
hasta que con ella dé.
Pues todo el poder me fuerza
de un rey, que vengo a creer

a que tengo de tener
aquesta mujer por fuerza).

Vase.

REY Id con él, marqués, no haga
el conde algún desatino.

MARQUÉS No dejalle determino,
porque el honor satisfaga
de tan principal mujer,
antes de mayor locura.

Vase.

REY Bien pudiera su hermosura
su necio amor merecer.
¡Que tanto a Florela estima!

Sale Florela, con manto.

FLORELA (El rey está hablando en mí:
a buen tiempo vine aquí;
oír mi nombre me anima).
Tengo por dichoso agüero
que hable vuestra alteza en mí.

REY No fue en tu favor, que así
menos obligarte espero;
antes estoy enojado.

FLORELA Pues yo, señor, ¿te he ofendido?

REY Si es Federico marido
de mujer que ha disfamado
y traído desde Hungría,
y siendo más generosa,
¿parécete justa cosa
quitársela tu porfia?
¿Es bien que tu necio amor
traiga sin sentido al conde?
¿Esto, Florela, responde

al generoso valor
de tus padres, tus abuelos,
de tu casa, a quien he honrado?

FLORELA ¡Qué mal honran informando,
gran señor, algunos celos!
Ni al conde quiero querer
ni tengo por qué estorbar
que le deje de pagar
a tan principal mujer
lo que dicen que le debe:
a otra cosa vengo yo.

REY Pues el conde me engañó
si no es que su amor te mueve.

FLORELA Él lo debe de pensar,
que es hombre de poco seso.

REY Bien se ha visto en el exceso
con que ha dado en porfiar
que a Finea no tenía.

FLORELA Mintió; que la he visto yo,
con que me desengañó
del engaño en que vivía.

REY Pues di ahora lo que quieres,
si libre del conde estás.

FLORELA Tú, que tanto aumento das
al honor de las mujeres,
gran señor, con tu favor,
oye un notable secreto
que es de mi remedio efeto.

REY Débesme, Florela, amor.

FLORELA En Nápoles está ahora
don Alonso de Aragón,
cuyo talle mi afición,
fuera de su sangre adora.

REY ¿Qué dices?

FLORELA Que yo lo sé,
y le hablo cada día.
No será mucha osadía

que la sangre que heredé
se atreva al rey de Aragón.

REY No, Florela, que bien puedes
igualalle, y aun le excedes
en partes que menos son.

FLORELA Ya entiendo; las que podía
tener de alguna humildad,
mi amor y su voluntad,
para tanta dicha mía,
tiene, señor, concertado,
si gustas que nos casemos,
no porque los dos tenemos
más que el haberlo tratado.
Hame dicho que te hable,
que sin tu gusto y favor
no se atreve y tiene amor.

REY Él es suceso notable.
Huélgome de tu ventura,
que me dicen que el infante
es gallardo y arrogante
de su ingenio y su hermosura;
y aun presumo que le vi
alguna vez retratado.
¿Dónde está?

FLORELA Como criado
del conde, a quien sirve aquí:
está en su casa, señor.

REY ¿Este enredo más tenía
el conde?

FLORELA Hallole en Hungría
sin conocer su valor,
y a Nápoles le ha traído:
sólo a mí se ha descubierto.

REY Del conde tengo por cierto
que es el hombre más fingido
y de mayores enredos
que hay en el mundo.

FLORELA Señor,

ya sabes que es el amor
todo esperanzas y miedos.
Hazme este bien.

REY Sí haré;

no tengas pena, Florela.

FLORELA Mi remedio me desvela.

REY Ya que tu ventura fue,
no lo perderás de mí,
que hoy tengo de hacer de modo
que tenga remedio todo.
¡Hola!

Sale un criado.

CRIADO Señor.

REY Traed aquí
al conde, Alberto y Finea.

FLORELA Harás de tu gran valor
cosa tan digna, señor,
que famosa al mundo sea.

Sale Alberto.

ALBERTO Deseando, invicto rey,
cobrar mi honor, que mis deudos
con más valor por ventura
mueven el húngaro reino
sin que a tu tierra se atrevan,
vengo, como ves, resuelto
a pedirte una merced
de tu valor satisfecho.
El conde ahora me habló;
díceme que está contento
de casarse con mi hermana,
que se la dé si la tengo,
porque él no la vio en su vida,
ni puede, no la teniendo
casarse; de donde yo

imagino que la ha muerto.
Si ha muerto a mi hermana el conde,
como infame caballero
ha procedido, señor;
verdad es que lo sospecho.
Pues el remedio que hallo
es pedirte contra él
campo, que es justo derecho
en cosas que son dudosas.
Concédemele, que quiero
matarle, si está culpado,
porque si no, quiera el Cielo
que me dé la muerte a mí,
de que ya tengo deseo.

REY Alberto, si el conde dice
que aceptando el casamiento
le pondrá en ejecución,
¿qué otra fuerza hacerle puedo?
Si de pedirte a Finea
presumes tú que la ha muerto,
mejor es que el desafío
la seguridad del pleito.
Pide, que yo haré justicia.

ALBERTO ¿Y he de aguardar los procesos
sin honor por tantos días?
¿No son mejores derechos
las espadas que las plumas
entre honrados caballeros?

Salen el conde, el marqués, Clarín y Finea.

CONDE Si su alteza otorga el campo,
respondo que yo lo acepto.

MARQUÉS Mira que está el rey aquí.

REY En confusión habéis puesto,
Federico, el reino todo,
y aun los reinos extranjeros.
Nunca fuérades a Hungría,

que tanto mal habéis hecho
y tantas honras quitado.

CONDE Señor, aquí tengo el cuello;
mandad cortarle, señor,
pues a serviros no acierto;
que nací tan desdichado,
que por más que os obedezco,
no os acierto a obedecer.

REY Mirad lo que dice Alberto,
que es la parte que se queja.

ALBERTO Digo, señor, que sospecho
que el conde ha muerto a mi hermana,
pues acepta el casamiento
y dice que no la tiene.

CONDE ¡Vive Dios, que no la tengo!
Dénmela, que luego al punto
le daré la mano, y ciento
le diera si las tuviera,
porque todo mi deseo,
fuera de agradar al rey,
es dejaros satisfecho
del honor que habéis perdido.

ALBERTO Pues, Federico, yo os reto
de traidor y os desafío.

CONDE Yo acepto el campo y me ofrezco
a sustentar que mentís.

REY Y yo a los dos le concedo.

ALBERTO Bésoos mil veces los pies.

CONDE Yo también los pies os beso.

ALBERTO Esto queda bien así.

CONDE ¿Para cuándo?

ALBERTO Para luego.

REY Basta que mañana sea.

FLORELA Ya, señor, que queda esto
a las armas remitido,
de tan buenos caballeros,
ahora tienes lugar

de ejecutar el concierto
que te dije.

REY ¿Dónde está,
que yo también lo deseo,
don Alonso de Aragón,
que quiero honrarlo por deudo
y saber su voluntad?

FINEA (Hoy me gano o hoy me pierdo).

CLARÍN Celio, ¿de qué estás temblando?

FINEA ¿No ves hablar en secreto
al rey?

CLARÍN Sí.

FINEA Pues de mí habla.

CLARÍN ¿De eso tiemblos?

FINEA Deso tiemblo.

CLARÍN ¿Pues qué trata con Florela?

FINEA Ciertas cosas que yo entiendo.

CLARÍN ¿No las puedo yo saber?

FINEA Clarín, sabranse tan presto,
que no hay por qué las preguntes.

FLORELA Llegad cerca, señor Celio,
que su alteza os quiere hablar.

FINEA (Bien temeroso me acerco).

¿Qué me manda vuestra alteza?

REY Don Alonso, ya no es tiempo
de encubrir vuestra persona.

Dadme los brazos, que quiero
casaros hoy de mi mano.

FINEA Señor, la palabra acepto
y estimo tanto favor;
pero sea el casamiento,
si vos fuéredes servido,
con quien ya le tengo hecho.

REY Eso mismo quiero yo
y saber con quién espero.

FINEA Con el conde Federico.

REY ¡Vos con el conde! ¿Qué es esto?

FINEA ¿Esto os causa admiración?

REY ¿No se acaban los enredos
 del conde?

CONDE Sólo me falta
 para rematar el seso
 lo que dice aqueste paje.
 Hombre, ¿estás en tí?

FINEA No puedo
 ser hombre, que si lo fuera
 no tratara el casamiento
 contigo, que me has costado,
 conde, trabajos inmensos
 desde el día que te vi
 en Hungría, pues siguiendo
 tus pasos con loco amor
 con tal confusión he puesto
 al rey, a Alberto, a Florela
 y a ti. Pero el rey y Alberto
 y Florela sepan hoy
 que aunque me has visto, y sirviendo
 tu persona estoy contigo,
 nunca supiste el suceso;
 que en efecto soy Finea,
 que de aqueste atrevimiento
 le pido perdón al rey,
 a tí, a Florela y a Alberto.

REY ¡Hay suceso semejante!

CLARÍN ¿Y a mí no? ¡Viven los cielos,
 que si lo hubiera sabido...

CONDE ¿Es posible que tú has hecho
 tanto mal a mi inocencia?

REY Federico, ya no es tiempo
 de examinar el amor,
 de quien latinos y griegos
 tantas cosas han escrito.

FLORELA Su poder conozco inmenso;
 pero ¿es efeto de amor
 la burla de que me quejo
 a tu justicia?

REY Florela,
y tú, conde, estadme atentos.
Hoy mi voluntad es ley.
Que sea Finea quiero
mujer del conde, que es justo
de sus trabajos el premio.
Yo no tengo por traiciones
las industrias del ingenio,
mayormente cuando amor
ayuda al entendimiento.
Todo ha de quedar en paz:
dale tú la mano, Alberto,
a Florela; en lo demás
pongo perpetuo silencio.

CLARÍN ¿No le dan nada a Clarín?

FINEA ¿No basta que satisfecho
quedes?

CLARÍN ¿De qué?

FINEA De Fenisa,
pues como estaba la dejo.

CONDE Aquí, senado, se acaba
La mujer por fuerza, haciendo
de la fuerza voluntad
con que serviros deseo.

